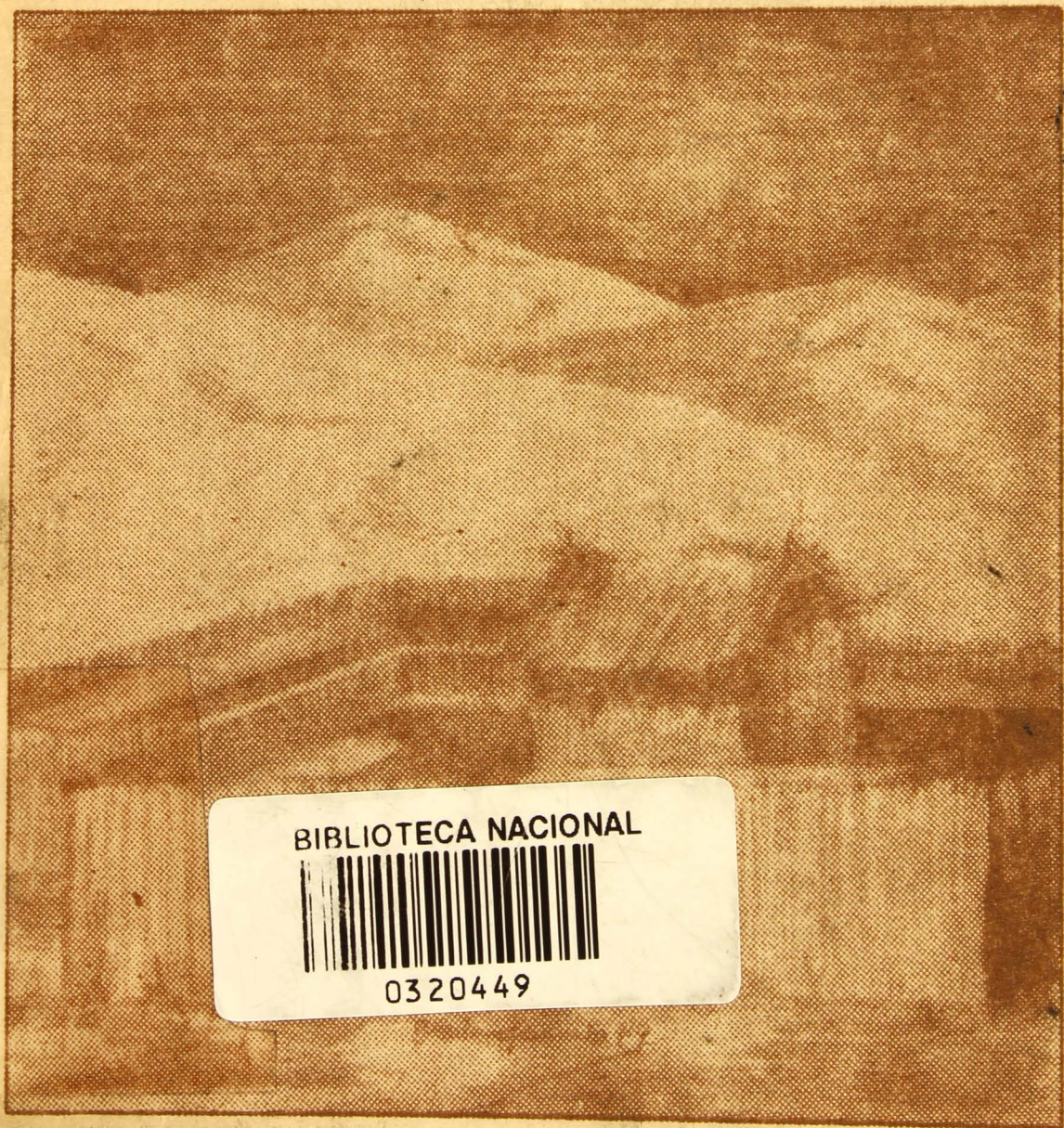


MARÍA ASUNCIÓN REQUENA

TEATRO

Ayayema - Fuerte Bulnes
Chiloé, Cielos Cubiertos



BIBLIOTECA NACIONAL



0320449

biblioteca popular nacimiento

CHILOE, CIELOS CUBIERTOS

PERSONAJES:

ESTEFANÍA
BRUNILDA
CANDELARIA
ROSARIO
ORFELINA
LA OYARZO
LA ABUELA CHUFILA
EL JOVEN NAUFRAGANTE
ALVARADO
• CHICHICHO
LAURO
PANCHO TIESO
CÁRDENAS
DON ANDRADE
EL VIEJO CATRUTRO
ZOILO, ÁNIMA
CORO. PAREJAS QUE BAILAN Y CANTAN

EPOCA.—Actual. Comienza el invierno.

LUGAR.—Curaco de Vélez, en la Isla Quinchao.

Archipiélago de Chiloé, sur de Chile.

PRIMERA PARTE

Entra el coro.

Curaco de Vélez, ¡hay!
que solo estás en invierno
que soledad los caminos
que soledad bajo el agua
de la lluvia
de la lluvia.

Te has recogido a tejer
un choapino bajo el agua
y se olvidaron de ti.

Curaco de Vélez, ¡hay!
que soledad los caminos
en la lluvia
en la lluvia
en la lluvia.

(El coro sale. Luz de lluvia sobre calle de Curaco. Bajo el alero de una casa, Brunilda, Candelaria y Estefanía miran caer la lluvia. Visten de negro y cubren sus cabezas con un manto, también negro. Bajo otro alero, Alvarado, Lauro y Pancho Tieso, permanecen

inmóviles, con la variación de cambiar a veces de postura. Visten poncho y sombrero. Entra Orfelina con una radio a transistores. Una bufanda de lana le da varias vueltas al cuello. Es joven aún, flaca, menuda y con el pecho hundido. Llega hasta el alero donde están las mujeres. Saluda con una sonrisa).

CANDELARIA.—¿Qué dice, Orfelina, pues? ¿Aún no han abierto la Cooperativa?

ORFELINA.—Todavía no.

BRUNILDA.—¿Y recibiste carta del Segundo?

ORFELINA.—No he recibío, p'.

ESTEFANÍA.—Pero si no hace ná que estuvo, ¿cómo le va a escribir?

ORFELINA.—Pa'l tiempo del reitimiento vino. Comió harto chanco y se las embaló otra vez pa la Argentina.

CANDELARIA.—¿Y por qué no te fuiste con él?

ORFELINA (*después de un momento*).—Ni me dijo.

CANDELARIA.—Eso te pasa por no abrir la boca a tiempo. Deberías haberle exigido.

ORFELINA.—Pa qué...

BRUNILDA.—Estaban medio comprometíos, ¿no?

ORFELINA.—Sí, p'... Tendrá otra. (*Encuentra una salida airosa*). Además allá no me iba a gustar.

CANDELARIA.—Pior es que pierdas un marío, p'.

ORFELINA (*vuelve a su resignación*).—Sí, p'.

ESTEFANÍA.—Arrímate a don Andrade, que hace tiempo que anda a las vueltas.

ORFELINA.—No me gusta. (*Casi para ella*). Además, estoy casi comprometía.

CANDELARIA.—¡Pa lo que sirve tener marío!

ESTEFANÍA (*suspira*).—Sí, po.

BRUNILDA (*bromea*).—Si no han de traer plata que se queen mejor pa'allá.

ESTEFANÍA.—Algunos vuelven pa'l puro molestar. Cuando se caen de viejos entonces vuelven donde la mujer a exigir sus derechos. Pa'que los cuiden.

BRUNILDA.—Y mientras tanto se farrearon toa la plata en la Patagonia. Si es de no creerlo.

CANDELARIA.—Si no fuera por los tejidos que hacemos, nos moriríamos de hambre.

ORFELINA.—Pero al menos tienen hombre.

CANDELARIA.—Dije hambre, no hombre.

ORFELINA.—Es casi lo mismo.

CANDELARIA.—Si no te gusta don Andrade, ándate pa'l monte. Ahí te podís encontrar con el Thrauco. (*Rien*). Ese brujo no es muy regodión.

ORFELINA.—No se burlen de una.

BRUNILDA.—¡Y si no nos reímos!...

(*Guardan silencio, sumidas en sus recuerdos*).

BRUNILDA.—Yo no debería quejarme.

ESTEFANÍA.—¿Tu marido mandó plata con alguien?

BRUNILDA.—No, aún no es el tiempo. Cada tres años me manda, con el favor de Dios y la Santísima Virgen.

ESTEFANÍA (*con la mejor intención*).—Cumplior te salió. La cosa está en que no se aburra.

CANDELARIA.—Eso lo hacen el primer tiempo, no más. Después agarran de no acordarse más. (*Señala a los hombres*). Y los pocos que no se van pa Magallanes y podrían cumplir con la mujer, aquí mismo, dicen que se casan pa'l tiempo de las habas.

BRUNILDA.—Ya es decir algo.

CANDELARIA.—Pero no dicen qué año. (*Ríen*).

ORFELINA.—Si yo me casara sería pa'l tiempo de las papas nuevas. Trae suerte.

CANDELARIA.—Procura que sean papas coraila. (*Ríen*).

ORFELINA.—No se ríen de una, pues.

CANDELARIA.—Es que tú, Orfelina, no debieras poner tantas condiciones. Yo diría que hasta se te pasó el tiempo del Thrauco. (*Ríen*).

ORFELINA.—Ustedes que son. (*Va a salir*).

(*Entra Cárdenas, Presidente de la Cooperativa, lleva abrigo*).

CÁRDENAS (*saluda amable a las mujeres*).—¿Y ustedes? ¿No deberían estar tejiendo? Ya vieron como llegaban los turistas a la Cooperativa. Se vendió to-dito. Y faltó. Hay que apurarse este invierno en tejer. Aquí en la calle, capaz que las pesque un aire. Hay mucha frieza.

CANDELARIA.—Estamos esperando el correo.

ESTEFANÍA.—A ver si llega carta.

BRUNILDA.—Todas las tardes tenemos la misma esperanza. (*Pausa*).

CANDELARIA.—Pa'l miércoles le termino una alfombra.

CÁRDENAS.—Eso está mejor. Hay que apurarse. Estamos lejos del Continente y el que viene hasta aquí, conviene que se lleve su choapino, su frazada.

CANDELARIA.—En invierno es difícil que se arriesguen a pasar pa Chiloé. El Canal de Chacao, sabe ponerse malo. Y es peligroso.

ESTEFANÍA.—Si hicieran el puente, luego, estaríamos mejor.

CÁRDENAS.—¡Ah, el puente! Eso va a traer la felicidad a todos.

(Entra el Catrutro, viejo chico, siempre malhumorado. Al pasar ha oído la palabra puente. Habla sin detenerse y sale).

VIEJO CATRUTRO.—¡Ja, el puente! Eso no más querían. No ven que son tontos en la capital pa preocuparse de nosotros. No nos hacen ni caminos y van a construir un puente. ¡Eso no más querían! (*Sale*).

CÁRDENAS.—Este viejo Catrutro que ni dice una buena. Esta es la gente que hace hundirse a Chiloé.

CANDELARIA.—¡Y lo arregentado que está! Usted debería hablarle. No abre la boca más que pa decir maldades.

ESTEFANÍA.—Pa mí que éste ya no es gente humana.

LASTENIA.—Por culpa de él no va a haber puente en el Chacao.

CANDELARIA.—Quizás qué pautos habrá hecho con los brujos por ahí.

CÁRDENAS.—Ya, ya, no digan leseras. (*A Orfelina*).
Acompáñeme a la Cooperativa para ver los libros.

ORFELINA.—Pocas ganas tengo de hacer ná. Bueno, vamos.

CÁRDENAS.—Y a ustedes no se les olvide que pa darles lana, tienen que cumplir con las entregas.

CANDELARIA.—En cuanto no más escampe.

(*Cárdenas y Orfelina inician la salida*).

CANDELARIA (*a Cárdenas*).—¿Y qué hay del curanto pa'l domingo?

CÁRDENAS (*se vuelve*).—¡Justo! Se me había olvidado y me comprometí con el medán pa las Oyarzo.

CANDELARIA.—¿Medán? ¡Por Dios que está antiguo pa sus cosas! Ya no se usa eso.

CÁRDENAS.—¿Cómo que no se usa? ¿De cuando acá hemos dejado de ser buenos cristianos?

CANDELARIA.—No hemos dejado ná de ser, pero eso ya no se usa.

ESTEFANÍA.—Y yo por las Oyarzo no me molestaría. Tengo atravesá a esa gente. Pero si quiere que hagamos una colecta de productos pa ayuar...

CÁRDENAS (*interrumpe*).—Ayudar es lo importante. Y no se anden en palabras más o palabras menos. ¿Que no se acuerdan ya lo que dice del medán el finaíto Bórquez, que en paz descanse?

“Los pobres hacían fiesta
pá buscar su acomodo
invitaban a la gente
recibiéndoles de todo”.

BRUNILDA.—Déjeme acordarme. (*Recuerda*).

“Era una fiesta hermosa
rodeado de vecinos
con harta carne y papas
buena chicha y rico vino”.

CANDELARIA (*suspira*).—Ay, que sabía decir bien sus cosas el finaíto Bórquez, Dios lo tenga en su santa compañía.

CÁRDENAS (*con intención*). (*A Estefanía*).—Sí que lo sabía.

“Esta era gente noble
sin rencor ni picardía
y esta reunión de vecinos
se usa todavía”.

No podemos fallarle a las Oyarzo. Les fue malazo.

ESTEFANÍA.—Si no siembran no cosechan, p’.

CÁRDENAS.—Usté sabe que el hijo anda pa Punta Arenas y ella se enfermó. Ni papas ni forraje pa los animalitos van a tener.

ESTEFANÍA.—Es que son flojos, p’.

CÁRDENAS.—Sea como sea no podemos fallarle.

CANDELARIA.—Bueno, si se ha de hacer que sea una buena fiesta, entonces. Y que suene tres días.

CÁRDENAS.—De todo habrá. Y usted, Estefanía, déjese con las Oyarzo.

ESTEFANÍA.—Usted sabe lo que pasaba cuando vivía el viejo Oyarzo Uribe. Nos robaba la pesca del corral de mar y le echaba la culpa al Cuchivilu.

CANDELARIA.—Yo vi, muchas veces, cómo había hoci-coneado ese brujo con forma de chanco. Lo con-verso, porque mis ojos lo vieron.

ESTEFANÍA.—No niego que una que otra vez lo haya hecho ese brujo del diablo, pero muchas otras veces era el viejo Oyarzo.

LASTENIA (*burlona*).—Los brujos no son cosa de otro mundo. Son hombres que tienen magia.

CANDELARIA.—Es malo creer en brujos, pero hay que guardarse de ellos.

CÁRDENAS.—Bueno, bueno. Eso pasó hace tiempo y el viejo ya está enterrao tres metros bajo el suelo. Ahora piense en el medán y cooperemos todos, como siempre. (*Mira el cielo*). Que este invierno trae mucha agua y no va a haber necesidad de agacharse pa beber.

ESTEFANÍA.—Muchaza o pocaza, siempre tomamos el agua parao en Chiloé. Así es que, búsquese otro palique.

CÁRDENAS (*sonríe*).—Bueno, bueno, bueno. Cuento con ustedes pa'l medán y no se tarden en ponerse a tejer... Hasta luego.

(Sale seguido por Orfelina, siempre tejiendo).

ESTEFANÍA.—Yo no soy entrometía, pero las Oyarzo siempre dan que hablar.

CANDELARIA.—Son buena gente, Estefanía.

ESTEFANÍA.—La Rosario Oyarzo anda con los ojos hue-
ros desde un día que se queó dormía en la pla-
ya. Dicen que vio al Caleuche, como yo las estoy
viendo a ustedes, ahora.

BRUNILDA.—Así dicen.

ESTEFANÍA.—Y desde entonces anda así como pasmá.

*(Alvarado se aparta del grupo de los hombres, mi-
ra hacia el mar y sale en esa dirección. Estefanía da
un codazo a la mujer más próxima).*

ESTEFANÍA *(señala con la cabeza a Alvarado)*.—Ahí es-
tá mi sobrino Galvarino Alvarao, templao con la
Rosario y ésta como si oyera llover.

CANDELARIA.—Yo creo que la va a pedir en casamiento.

BRUNILDA.—Bien que haría.

CANDELARIA.—No es mala chica la Rosario.

ESTEFANÍA.—Pero está pasmá.

BRUNILDA *(a Estefanía)*.—Usté aconseje a su sobrino. Y
si la quiere que la pía, luego. ¿No está por irse?

ESTEFANÍA.—Qué más se quisieran, también. Mi sobri-
no es de lo mejor que hay.

CANDELARIA.—Sí... tiene bonito carácter, pero pobre

igual que los otros. Como era su marío, el mío y el de ésta.

BRUNILDA.—Así es.

(Ha dejado de llover, un sol pálido envuelve a las mujeres).

CANDELARIA.—Y si va a emparentar con la Oyarzo, mejor es que vea a esa familia con otra cara, Estefanía.

ESTEFANÍA.—No tengo otra que ésta que me hicieron.

CANDELARIA *(comprensiva)*.—Lo que pasa es que cuando se habla de hombres y de mujeres y de que van a casarse, uno se pone... no sé cómo se pone, pero se pone.

ESTEFANÍA.—¿Y por qué habría de ponerse de alguna laya?

CANDELARIA *(con dulzura)*.—Donde uno se acuerda...

ESTEFANÍA *(apuntando la emoción)*.—¿Y de qué?

CANDELARIA *(mirando las últimas gotas de lluvia que caen)*.—Que uno también una vez fue pedía... y que... que un hombre la quiso.

ESTEFANÍA *(ganada por la emoción)*.—Así mismo escampó cuando me casé con Barrientos. Yo era una niña y lo quise en cuanto lo vi.

LASTENIA.—Yo le hice al mío unas medias de lana con guarda colorá; ¡hace tanto frío cuando salen a pescar!

CANDELARIA.—Yo no sabía que Bahamondez se iba a

ir y que el sur era tan lejos, que ni las cartas llegan.
LASTENIA.—Ninguna lo sabíamos...

(Quedan envueltas en sus recuerdos. Entra el coro. Canta).

Las mujeres se quedan
los hombres parten
quisiera el pensamiento
darles alcance.

Si no fueran tan pobres
no se alejaran
¡cuánta esperanza abierta
muere en la nada!

El corazón de lluvia
se va envolviendo
silencioso y mojado
llega el invierno.

Y en las noches tan largas
tejen leyendas
para que el tiempo pase
y no se sienta.

Galopando en el viento
la fantasía
por el mar, en su vuelo,
lleva a una niña.

El agua ha detenido
su canto de ave
y una historia de amor
tiembla en el aire.

El Joven Naufragante
va en el Caleuche
su amor es como un fuego
resplandeciente.

En sus ojos, mirándose
está Rosario,
el amor se ha encendido
para alumbrarlos.

(El coro calla. Ha entrado Rosario con los pies desnudos y el Joven Naufragante, tomados de la mano. Se miran con amor. El Joven Naufragante es hermoso y varonil. Su aspecto denota su condición fantasmal, sin perder su dimensión humana, si así pudiera decirse.

Ambos jóvenes se besan, en tierna despedida.

El Caleuche, buque fantasma, resplandece en el mar.

Rosario se aparta suavemente, alejándose.

El Joven Naufragante avanza unos pasos hacia ella).

JOVEN NAUFRAGANTE.—¡Rosario, espera!

ROSARIO (*se detiene*).—No, se ha hecho tarde.

(El Joven Naufragante extiende sus brazos. Rosario se acerca, se abrazan largamente. Rosario se aparta).

ROSARIO.—Adiós...

JOVEN NAUFRAGANTE (*la retiene*).—¡Qué insoportable será el tiempo sin ti! ¿Volverás?

ROSARIO.—Te lo prometí.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Dilo una vez más.

ROSARIO.—Lo prometo. (*Inquieta*). Debes irte.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Lo sé... (*Atormentado*). Pero este amor es más fuerte que todo y no puedo alejarme... como debiera ser, para siempre.

ROSARIO (*alarmada*).—Para siempre, no.

JOVEN NAUFRAGANTE (*la abraza tiernamente*).—Te amaré a pesar de mí, de ti, a pesar del mal que pueda causarte.

ROSARIO.—Mal o bien, tu amor es lo único que quiero.

JOVEN NAUFRAGANTE (*la estrecha*).—Te amo... te amo.

ROSARIO (*se aparta de sus brazos que la dejan ir, con esfuerzo*).—Adiós...

JOVEN NAUFRAGANTE.—Sí... (*Mira hacia el mar, se escucha una apagada melodía de acordeón, lejana, dulce*). Mi barco espera. (*Alejándose*). Adiós... paloma.

(*Desaparece*).

ROSARIO.—Adiós, amor... (*Lo mira alejarse*). (*Canta el coro*).

Paloma, dice el aire,
vuelve a tu nido

ese amor es un sueño
de los caminos.

Vuelve paloma, vuelve,
le grita el agua,
el mar te está tejiendo
un manto de algas.

Y la paloma vuelve,
pero en sus manos
trae el amor que nadie
puede borrarlo.

El mar se ha desplayado,
se va el Caleuche
con sus velas al viento
se desvanece.

(Rosario, con una última mirada al mar, se dispone a mariscar. Con un cuchillo abre la arena, buscando pequeños moluscos que ha dejado la baja marea. Los va depositando en una canasta tejida a mano. Entra Alvarado con una red al hombro. La observa antes de hablar, cerciorándose que están solos).

ALVARADO.—¡Buenas!

ROSARIO *(se sobresalta)*.—Buenas.

ALVARADO.—¿Qué hace, solita, en la playa?

ROSARIO.—Mariscando.

ALVARADO *(se acerca)*.—Dejó de llover.

ROSARIO.—Sí.

ALVARADO (*deja la red en el suelo*).—Un rato más tenemos reunión.

ROSARIO (*haciendo esfuerzos por situarse en la realidad*).—¿En la Cooperativa?

ALVARADO.—Esta vez en el almacén de don Andrade. Es mejor ahí.

ROSARIO.—Claro.

ALVARADO.—Cárdenas le da y le da que nadie se vaya de la isla. Nos va a leer no sé qué cosa.

ROSARIO.—Mire, p'.

ALVARADO.—Y por eso siempre nos llama a reunión.

ROSARIO.—¡Ah!

ALVARADO.—Y es bueno irse.

ROSARIO.—¿Sí?

ALVARADO.—Seguro. Se gana más que aquí.

ROSARIO.—¡Ah!

ALVARADO (*después de una pausa*).—Usted siempre tan solita.

ROSARIO.—Sí.

ALVARADO.—¿No tiene miedo?

ROSARIO.—¿De quién?

ALVARADO.—Bueno... no sé... tantas cosas.

ROSARIO.—Cómo ha de ser.

ALVARADO.—Este invierno va a ser malo.

ROSARIO.—No peor que otro.

ALVARADO.—Se va a oír el Camahueto. Estoy seguro.
(*Ríe*).

ROSARIO.—¡Qué cosas!

ALVARADO.—¿Su hermano anda pa'l lao de la Argentina?

ROSARIO.—Sí... no sé... en alguna parte de allá.

ALVARADO.—Es muy grande la Patagonia y agarra pa'l lao chileno y pa'l lao argentino, también.

ROSARIO.—Así será, p'.

ALVARADO.—Y hay mucho trabajo.

ROSARIO.—Toos dicen lo mismo. Y toos siguen pobres.

ALVARADO (*después de una pausa*).—Si uno tiene mujer trabaja más tranquilo y le cunde más.

ROSARIO.—¡Ah!

ALVARADO.—Y se gana plata y después se vuelve pa'acá, y se hace una buena casa.

ROSARIO.—Qué bueno.

ALVARADO.—¿Le gustaría?

ROSARIO.—¿Qué cosa?

ALVARADO.—Ir.

ROSARIO.—A ónde.

ALVARADO.—Pa Magallanes.

ROSARIO (*por decir algo*).—No sé.

ALVARADO.—O a la Argentina. ¿O prefiere pa Magallanes?

ROSARIO.—Yo no prefiero ná.

ALVARADO (*no se da por aludido*).—En la Estancia a uno le dan una casa. Puesto, le llaman.

ROSARIO.—¿Aquí no tiene casa?

ALVARADO.—¡Cómo no voy a tener, pues! Pero el pedazo de tierra es muy chico, como les pasa a todos. Y trabajo no se encuentra... ¿Y qué le queda a uno sino ir a buscarlo donde se lo dan? Por eso

estamos como estamos. (*Pausa*). (*Deja el tono serio*). Además... Allá no hay que arar la tierra.

ROSARIO.—Raro.

ALVARADO.—Se siembran ovejas que salen solas. (*Ríe de su broma*).

(*Rosario lo mira*).

ALVARADO.—Era una broma.

ROSARIO.—Lo sabía.

ALVARADO (*después de una pausa*).—Dejó de llover, pero un rato más... va a volver a llover.

ROSARIO.—Sí.

ALVARADO (*trata de entusiasmarla*).—Si uno va a la Argentina, la plata vale más.

ROSARIO.—Eso lo vengo oyendo desde que nací y las cosas no han cambiado.

ALVARADO.—¿Usted no quiere que me vaya?

ROSARIO.—Si ha de irse se va.

ALVARADO (*insiste*).—Pero si alguien no quiere que uno se vaya...

ROSARIO.—El agua de lluvia corre aunque la atajen.

ALVARADO.—Cierto. (*Pausa*). Pero es mejor cambiar y cuando son dos, mejor.

ROSARIO.—¿Sí?

ALVARADO.—Se le hace mejor pelea al frío. ¿No ve que allá neva?

ROSARIO.—Con una frazá bien abrigá aquí también se le hace pelea al frío.

ALVARADO.—No es lo mismo. Y otra cosa, allá no hay tanto olor a humo.

ROSARIO.—Así será.

ALVARADO.—¿Sabe? No me gustaría irme solo. Y si me hubiera ido, ya estaría de vuelta.

ROSARIO (*sin inflexiones*).—Qué bueno.

ALVARADO.—¿Se alegraría si hubiera vuelto?

ROSARIO.—Seguro.

ALVARADO (*esperanzado*).—¿De veras?

ROSARIO.—Habría vuelto a trabajar a la Isla y eso creo que es bueno pa Chiloé.

ALVARADO (*se acerca*).—Y si quiere tanto a Chiloé... por qué no se casa... pa qué... pa qué así... (*Se arrepiente de su torpeza*).

ROSARIO (*molesta*).—Tengo que irme. Me quea harta leña que cortar.

ALVARADO.—La acompaño.

ROSARIO.—Voy por otro lao.

ALVARADO.—Yo voy por ahí mismo.

ROSARIO.—No... yo no voy por ahí. Hasta luego.

(*Sale corriendo. Alvarado queda, contrariado recoge la red. Mira por donde Rosario ha desaparecido. Se vuelve y al salir se cruza con Lauro, Pancho Tieso y Chichicho*).

PANCHO TIESO.—Por suerte llegamos a tiempo a la reunión, Lauro.

LAURO (*lleva un hacha al hombro*).—Buena estuvo. (*A*

Chichicho). No faltés, Chichicho (*Salen Pancho Tieso y Lauro*).

ALVARADO (*a Chichicho*).—¿Terminó el balseo?

CHICHICHO (*algo nervioso*).—El Piuchén quedó a cargo de la balsa. (*Oculto un botecito que trae*).

ALVARADO.—¿Vamos a la reunión?

CHICHICHO.—Es temprano.

ALVARADO (*molesto*).—Sí, es temprano. (*Sale*).

(*Chichicho busca con la mirada. Aparece Rosario, riendo*).

ROSARIO.—Te vi venir y me escondí detrás del bote.

CHICHICHO.—Estaba aquí Galvarino Alvarado.

ROSARIO (*sin darle importancia*).—Sí.

CHICHICHO.—Debería volverse a su pueblo. Allá tiene su tierra.

ROSARIO.—Mal no te hizo.

CHICHICHO.—No, mal no me hizo... (*Con amplia sonrisa*). La estaba buscando.

ROSARIO (*alegre*).—¿Pa qué?

(*Chichicho le entrega una pequeña barca chilota*).

CHICHICHO.—Pa usté. Yo mismo la hice.

ROSARIO (*admirada*).—Es muy linda.

CHICHICHO.—¿Le gusta?

ROSARIO.—Mucho.

CHICHICHO.—¿Es de cierto?

ROSARIO.—Pero, sí, Chichicho.

CHICHICHO (*señala un detalle en la construcción*).—

Ahí me queó un poco mal. Se me pasó el cuchillo.
ROSARIO.—Ni se nota.

CHICHICHO.—Quiero tener una lancha, algún día.

ROSARIO.—Tienes la balsa.

CHICHICHO.—No es mía, p'. Y no es lo mismo andar de allá pa' acá y de acá pa'allá, too el día dando la misma vuelta. Quisiera ser marino con mi lancha o embarcao. (*Mira, con su secreto amor a Rosario, que mirando el mar no ve el amor en los ojos de Chichicho*). Embarcao, no... no me gustaría estar lejos... (*Su mano se alza para acariciar el pelo de Rosario. La retira y la aprieta con la otra mano*).

ROSARIO (*sueña*).—Embarcarse...

CHICHICHO.—Cuando tenga mi lancha yo la llevo.

ROSARIO (*lo mira con ternura*).—¿De veras me llevarías?

CHICHICHO.—Y le pondría un nombre bonito. El más bonito que conozco.

ROSARIO.—¿Cuál?

CHICHICHO (*ocultando su turbación*).—Rosario. (*Sonríe, se pone serio. Vuelve a sonreír*).

ROSARIO.—No me gusta ese nombre. (*De pronto recuerda*). ¡Oh, sí me gusta!

CHICHICHO.—Entonces así se va a llamar. (*Con suavidad*). Rosario. (*Toma el bote y comienza a grabar el nombre con un cuchillo*).

(*Rosario mira el mar con su alma puesta en la mirada. Va hacia Chichicho*).

ROSARIO.—Prométeme que me ayudarás, que estarás a mi lado siempre, que serás mi bueno, mi querido Chichicho. Que pase lo que pase no me dejarás. (*Se abraza a él*). Soy tan feliz, y tan desdichada... A veces siento como si me apretaran y no me dejaran respirar. Como si me estuviera secando, al lado mismo del agua.

CHICHICHO.—Yo siempre... lo juro... yo siempre... Y si alguna vez Ud. no está, pensaré que la paso en la balsa... Y le hablaré lo mismo que ahora... (*Con infinita timidez le acaricia la cabeza. Rosario se aparta hacia el mar*).

CHICHICHO (*sin que ella lo escuche*).—¡La quiero tanto, Rosario, tanto! Y nunca me atreveré a decírselo. (*Se mira los pies desnudos*). No tengo nada que ofrecerle. ¡Soy tan pobre!

(*Entra el coro cantando la refalosa del Chichicho. Dos parejas bailan*).

(*Estríbillo*)

A la balsa, a la balsa, sí,
a la balsa, a la balsa, no
a la refalosa ay zamba
no llores zamba, no llores no,
a la refalosa, ay zamba
no llores zamba, no llores no.

En la balsa viene
Chichicho a Curaco

vuelve pa Dalcahue
y se espera un rato.

Cobra la pasá
pone unos tablones
pa que los turistas
pongan sus talones.

(Estribillo)

A la balsa, a la balsa, sí,
a la balsa, a la balsa, no
a la refalosa ay zamba
no llores zamba, no llores no,
a la refalosa, ay zamba
no llores zamba, no llores no.

Vuelve pa Curaco
le echa la bencina
y si hay muchos autos
pasa por encima.

Cobra la pasá
pone los tablones
si alguno se moja
píe mil perdones.

(Estribillo)

A la balsa, a la balsa, sí,
a la balsa, a la balsa, no

a la refalosa ay zamba
no llores zamba, no llores no,
a la refalosa, ay zamba
no llores zamba, no llores no.

Si pasa a una niña
llamada Rosario
su balsa es de flores
el mar un milagro.
Si no fuera pobre
¡cuánto amor le dara!
pero sólo tiene
su risa en la cara.

(Chichicho sale).

(Estribillo)

A la balsa, a la balsa, sí,
a la balsa, a la balsa, no
a la refalosa ay zamba
no llores zamba, no llores no,
a la refalosa, ay zamba
no llores zamba, no llores no.

(Sale el coro con los últimos pasos de la refalosa. Chichicho ha salido momentos antes. Luz sobre almacén. Beben en el largo mesón Lauro y Pancho Tieso. Después de un momento entra Chichicho. Don Andrade, detrás del mostrador, atiende).

PANCHO TIESO.—Aquí en el almacén es mejor que en la Cooperativa.

DON ANDRADE.—Ud. lo ha dicho Pancho Tieso. Mucho mejor. (*Sirve los tragos*).

PANCHO TIESO.—Póngase otra chichita, entonces.

(*Beben en silencio*).

DON ANDRADE.—Y así fue como les dije. Ni que me paguen me quedo a vivir en Santiago.

(*Ha entrado el Chichicho*).

CHICHICHO.—Buenas. (*Pausa*). ¿Usté estuvo allá?

DON ANDRADE.—¡Mira éste! Que si estuve... Me lo conozco todo. ¿Tú, qué te sirves?

CHICHICHO.—Ná. Vine a la reunión. ¿Y cómo es?

DON ANDRADE.—¿Qué? ¿Santiago? Grande, eso sí. Grande. Yo iba a respirar un poco de aire a los cerros, porque en la ciudad me ahogaba. Hay cerros, sí. Está el San Cristóbal, el Santa Lucía. También iba pa la Vega.

CHICHICHO.—¿Entonces hay vega?

DON ANDRADE.—Casi nada... La vida es buena, aquí. Uno respira buen aire y tiene verde por toas partes. Allá se le pega el hollín a los pulmones. ¡Coño! Y me volví pa Chonchi. Después me vine pa Curaco, me casé, enviudé y ahora tengo mi buena camioneta. Y se respira, hombre, se respira.

PANCHO TIESO.—Allá en la Patagonia el aire también

es bueno. Y si es por ponerse a respirar, prefiero el de allá con los bolsillos más abultaos.

LAURO.—Si me fuera, yo me haría lobero, pero pasa que no tengo la chalupa.

PANCHO TIESO.—Porque no tiene plata.

LAURO.—Eso debe ser. (*Jugando con el hacha*). No llega don Cárdenas a la reunión y todavía me queda alerce que cortar.

PANCHO TIESO.—Yo me voy.

DON ANDRADE.—Espera un poco, hombre, que estará al llegar.

PANCHO TIESO.—Yo me voy pa Magallanes, dije.

(*Entra Cárdenas y Alvarado*).

CÁRDENAS.—Buenas ¿Les avisaron a los demás?

LAURO.—El viejo Catrutro dijo que vendría.

CÁRDENAS.—¡Ese viejo de mal agüero! Bueno, en cuanto lleguen las mujeres empezamos. (*Prepara unos papeles*).

LAURO.—¡Cuándo van a faltar esas, p'!

PANCHO TIESO (*siguiendo su pensamiento*).—¡Qué sacamos! Un año se pierde el trigo. Otros años son las papas, cuando no se mueren los chanchos.

DON ANDRADE.—Idea fija, el hombre.

PANCHO TIESO.—¿Sabe a cuánto me pagaron las papas? ¿Cada saco? Y corailas, pues.

CÁRDENAS.—Lo sé, lo sé.

PANCHO TIESO.—¿Y ellos a cuánto lo venden? Pa ellos el negocio, pa nosotros la sudá, no más.

CÁRDENAS.—Es cierto. Pero yo les traigo esperanzas.

ALVARADO.—Usted siempre igual. ¿Cree que de eso puede vivir un cristiano?

CÁRDENAS.—En la reunión se los voy a contar. Lo que van a hacer por nosotros, ahora va de cierto.

ALVARADO (*sarcástico*).—¿El puente?

CÁRDENAS.—También el puente. Lo van a construir pa nuestra prosperidad. Y además, van a hacer cursos pa que aprendan (*Corrige*), pa que aprendamos todo lo que nos falta aprender.

ALVARADO.—Usted no se convence, todavía, que Chile va a ser siempre pa los de allá. Chiloé está muy re-lejazo y pa lo único que se acuerdan es pa venir a comprar en el verano.

CÁRDENAS.—¡Que todavía estén con ésas!

PANCHO TIESO.—Vaya pa Ancud o pa Castro. Se desvalijan las cosas importás. ¿Y usted cree que a nosotros nos miran?

CHICHICHO.—A mí ni me hablan cuando los paso en la balsa de Dalcahue pa'acá.

PANCHO TIESO.—Lo único que les importa es pasar luego pa Curaco a comprar buenas frazás.

ALVARADO.—O pa las elecciones.

(*Todos aprueban*).

CÁRDENAS.—¡No todos son iguales! Ahora hay gente preocupada de nosotros y nos van a ayudar. Chiloé está en Chile, ¿no?

VARIOS.—¿Y dónde quiere que esté...? ¿A dónde va a estar?

LAURO.—Chiloé está donde debe estar. Pero de Puerto Montt pa'allá es una cosa y de Puerto Montt pa'acá es otra.

DON ANDRADE.—No sigan con eso. (*A Cárdenas*). ¿Qué le sirvo?

CÁRDENAS.—Nada.

DON ANDRADE.—Sí, hombre. Sírvase algo antes de la reunión.

CÁRDENAS.—Bueno. Una chichita.

LAURO.—En invierno deberían venir para acá. Quizás así comprenderían.

DON ANDRADE (*observa al malhumorado Alvarado*).—Lo noto un poco revuelto, Alvarado, ¿qué le pasa?

ALVARADO.—Cosa mía.

DON ANDRADE.—Como quiera. (*Le sirve*).

LAURO.—La Rosario parece que tuviera otras pretensiones.

ALVARADO (*mortificado*).—Cosa mía.

LAURO.—No es pa enojarse. Píala y asunto concluido. Si la madre dice que sí, ella tendrá que aceptar, no más.

ALVARADO (*enojado*).—Ya dije que es cosa mía.

PANCHO TIESO (*fatalista, después de un silencio*).—Chilote enamora, chilote caga.

DON ANDRADE.—Déjese, déjese y tengamos la fiesta en paz, coño. Cada cual a su avío.

CÁRDENAS.—Bueno, hagamos la reunión. Comencemos con los que estamos.

(Entran Candelaria, Estefanía y el viejo Catrutro).

LAURO.—Quórum, como se dice.

DON ANDRADE *(ofrece asiento en cajones a las mujeres).*

—Acomódense por aquí.

VIEJO CATRUTRO.—¿Por qué no se hizo la reunión en la Cooperativa?

CÁRDENAS.—No tuve tiempo de ordenar bien. Y aquí es lo mismo.

VIEJO CATRUTRO.—Déjeme buscar donde sentarme, entonces.

(Se acomoda sobre un barril. Cárdenas se coloca detrás del mostrador y abre su carpeta. Don Andrade se sienta con los demás. Chichicho se acomodó en el suelo, Alvarado algo apartado).

CÁRDENAS *(los mira detenidamente para dar la impresión de cierta solemnidad).*—Y ahora, compañeros, a abrir bien las orejas y el entendimiento.

PANCHO TIESO.—A usted lengua no le falta, pero que el trabajo bueno no se ve por ninguna parte.

CÁRDENAS.—Escuche primero y hable después.

LAURO.—Lea no más, don Cárdenas, que aquí lo escuchamos.

DON ANDRADE.—Si no se callan de una vez cómo va a leer, coño.

CÁRDENAS *(golpea sus papeles).*—Aquí está. Lo pueden leer todos. *(Lee).* “Reaparecerá el choro zapato”.

LAURO (*alegre como unas pascuas*).—¡Eso estuvo bueno!

CÁRDENAS (*lee con cierta dificultad, que trata de disimular*).—“La más importante inversión realizada en Chiloé, pa'l fomento, desarrollo y recuperación de la fauna... mitícola de la zona, con una inversión... (*Al auditorio*), esto es cosa de importancia, compañero... (*Lee*), “con una inversión de 4 millones 251 mil escudos... ¿oyeron bien? 4 millones (*Lee*) 251 mil escudos”.

VIEJO CATRUTRO.—¿Pa nosotros?

CÁRDENAS.—No se lo van a poner en su bolsillo, pero aquí van a estar pa nuestro progreso. Aquí lo dice (*Lee*) “que abre promisorias perspectivas económicas a las Cooperativas de Pescadores Castro Ltda.”

CANDELARIA (*interrumpe*).—Ahí onde su compadre, Estefanía.

ESTEFANÍA.—Ahí mismo.

VIEJO CATRUTRO.—Si no está muy transcurrido, siga leyendo, aunque yo no creo en ni una cosa. (*Increpa*). No vengo naciendo ayer, p'.

DON ANDRADE.—No necesita jurarlo. ¡Mire éste!

CÁRDENAS (*lee*).—De “Pescadores Castro Ltda. y Yaldad Ltda.”

LAURO (*al Chichicho*).—¿Que ahí no vive tu tío?

CHICHICHO.—En Quellón vive, p'.

VIEJO CATRUTRO.—¡Qué me importa a mí ónde vive su tío!

CHICHICHO (*lo remeda*).—Ba, ba, ba, ba, ba, ba.

DON ANDRADE.—Bueno, aquí se habla o se escucha, coño.

PANCHO TIESO.—Las dos cosas, p'.

CÁRDENAS (*muy preocupado de su lectura*).—Silencio, compañeros (*Lee*), “y que abre un futuro cierto y real a la comercialización del casi ya desaparecido choro zapato”.

LAURO.—¡Andale!

CÁRDENAS (*lee*).—“Encontrándose (*Acentúa*) los dineros a disposición (*Prosigue con gran énfasis*) para la iniciación inmediata de los trabajos”. Quería referirme a la parte que dice (*Lee*) “un futuro cierto y real”. Eso es lo que les vengo diciendo, que ahora estamos navegando con la lancha a favor de la marea y muy pronto llegaremos a mar libre.

VIEJO CATRUTRO.—Por Achao, no se va a poder. Hay una parte muy condená.

CÁRDENAS.—Usted también está embarcao, así que no venga a aportillar.

VIEJO CATRUTRO.—Yo hace tiempo que me varé en la playa y no pienso volver a mojarme el traste.

(*Burlas*).

CANDELARIA.—¡Jesús, ve!

CÁRDENAS.—Usted es dueño de mojarse lo que quiera... o no también ni una cosa mojarse. Sigamos con la reunión. (*Lee*). “La Cooperativa de Pescadores Castro Ltda. recibirá 300 mil escudos por la construcción e instalación de balsas en el estero de Putemún”.

LAURO.—Putemún está pa Castro. En Curaco no vamos a tocar nada.

CÁRDENAS.—Va a haber trabajo pa todos.

VIEJO CATRUTRO.—No va a alcanzar pa todos, si es que hay trabajo.

CÁRDENAS (*enérgico*).—¡Ya! No voy a permitir más interrupciones. (*Lee*). . . . cultivándose . . . un total de 6 millones de unidades de dichos moluscos . . .

LAURO (*después de un silencio*).—¡Justo! ¡Justo! ¡Catay, catay!

CÁRDENAS.—Esto es lo que hemos estado esperando tanto tiempo. Vamos a estar de lo mejor que podamos. (*Golpea los papeles*).

VIEJO CATRUTRO.—¿Y qué año será d'eso?

CÁRDENAS.—El año que viene será.

VIEJO CATRUTRO.—¡Qué lástima que pueo estar muerto, pa reírme un rato! ¿Por qué no en dos mil años más? (*Golpea la mesa*). ¡Agora! ¡Agora tiene que ser!

CÁRDENAS (*pierde la paciencia*).—Hasta usted necesitó nueve meses para salir a este mundo a joder. ¡Cuánto más para seis millones de choros! (*Risas*).

VIEJO CATRUTRO (*se levanta airado*).—Uno viene aquí pa ayuar y miren cómo lo tratan, sin respeto ninguno. Me voy, que ya me cansé de oír leseras.

(*Sale acompañado por la rechifla de Lauro*).

CANDELARIA.—¿Y que este viejo no se había muerto?

PANCHO TIESO (*ríe*).—Ya le falta poco, ya.

CÁRDENAS.—Silencio, compañeros. (*Lee*). Y se instalarán 120 balsas.

CHICHICHO (*a Cárdenas*).—¿Adónde van a hacer las balsas?

CÁRDENAS.—En Quellón.

CHICHICHO.—Ahí está mi tío.

LAURO (*con picardía*).—Gente no hay pa tanto balseo. Ni con los turistas que nos vienen a visitar pal verano.

CHICHICHO.—No, p'.

CÁRDENAS.—No es balseo pa'la gente. Es pa'los choros.

ESTEFANÍA.—Eso me parece muy bien. A mí me gusta el curanto con abundancia de choros.

BRUNILDA.—Y tapaíto de milcao.

CANDELARIA.—Pa'mí lo importante es que lleve chancho.

CÁRDENAS (*para la conversación con una mano*).—Lo importante es ver too esto como una fuente más de trabajo pa'la Isla y más plata pa'toos. Y si encima construyen luego el puente...

ALVARADO.—Pa'mis nietos.

PANCHO TIESO (*burlón*).—¿Que ya te casaste?

CÁRDENAS.—Silencio. Se ofrece la palabra.

(*Gran silencio, Alvarado y Pancho Tieso siguen en la negativa*).

LAURO (*pide la palabra. Se pone de pie, se esfuerza por expresarse*).—Yo... considerando la importancia...

que está muy bien. Y que debieran adelantar la época, porque después hay veda. (*Silencio*).

CÁRDENAS.—¿Algo más quiere decir?

LAURO.—No, eso es todo. (*Se sienta*).

CÁRDENAS.—Se ofrece la palabra.

CHICHICHO (*pide la palabra. Se pone de pie*).—Yo estoy de acuerdo con el compañero. (*Vuelve a sentarse en el suelo*).

PANCHO TIESO.—Yo no creo náa.

ALVARADO.—En la Patagonia toos los chilotes encuentran onde trabajar.

CÁRDENAS.—Pero aquí están en lo suyo, Alvarado. Son reyes.

ALVARADO.—Reyes a pata pelá y mojaos como jotes.

CÁRDENAS.—Ya no andamos a pata pelá. Y ahora debemos mirar el futuro y con confianza. Pero aquí. En Chiloé. Todos juntos.

ALVARADO (*después de un momento*).—Le peiría que levante la reunión porque tengo que hacer una diligencia importante.

CÁRDENAS.—Ten confianza, Alvarado. Ahora es cierto. Me juego entero.

ALVARADO (*hosco*).—No es por mi gusto que me voy de aquí.

CÁRDENAS.—Eres joven.

ALVARADO.—Por eso mismo. No pueo sentarme a esperar.

CÁRDENAS.—No “debe” sentarse. Tiene que ayuar para que too salga bien.

ALVARADO.—¿Y en qué voy a ayuar?

CÁRDENAS.—Váyase a toas las islas, a toas las parroquias y dígales lo mismo que le estoy diciendo a usted. En muchas partes estarán con el canasto listo pa' irse. Sáqueles lo que lleven a'entro y llénelos de esperanza a corto plazo. Eso puede hacer.

ALVARADO (*después de un silencio*).—Oyéndolo a usted parece que todo va a ser cierto.

CÁRDENAS.—Y lo va a ser. (*Pausa. Se suaviza*). Alvarado, si yo no tuviera esta certeza, ¿cree que me atrevería a decirle que no se fuera?

ALVARADO.—Es que el trabajo que me consiguieron lo había peío hace tiempo. Y ahora me dicen que me pueo ir y... y siempre estaremos mejor allá que aquí.

CÁRDENAS (*después de un momento*).—Yo quisiera ser más letrao pa'decir las cosas de otra forma, con mayor acierto, no sé... Esto me da mucha pena.

ALVARADO.—Pero esa es la verdá y no tengo otra. (*Silencio*). Le pido su permiso pa'retirarme. (*Sale*).

PANCHO TIESO (*lo sigue*).—Yo me tengo que ir a la Patagonia, no más. Me tengo que ir.

LAURO (*se acerca a Cárdenas*).—Yo, por lo que me pienso, le creo. Y eso que leyó estuvo bien bueno.

(*Las mujeres se dirigen a la salida*).

CANDELARIA.—Tenemos que hacer.

BRUNILDA.—Bien bueno lo que leyó. Si mi marío hubiera oído consejos... si hubiera esperado...

ESTEFANÍA.—Así son estos hombres. Cuando se les me-

te una idea en la cabeza no hay diablo que se las saque. Gracias. (*Salen*).

CHICHICHO.—Yo también me voy. ¿Vamos Lauro?

LAURO.—Ya, no más. Si te vas pa'Dalcahue, llévame.

Pero no me cobres el balseo. Que alguna vez se note que somos amigos, pues.

CHICHICHO.—No pueo. La balsa no es mía. Pero, una chichita, a lo mejor.

(*Salen. Cárdenas los ve partir y, desalentado, guarda sus papeles*).

DON ANDRADE (*le sirve una copa*).—Se la ha ganao. No se desanime, hombre. Lo que pasa es que son duros de cabeza.

CÁRDENAS.—No. Si no hay hombre más listo que el chilote. Pero irse es más fuerte que too.

DON ANDRADE.—Y no les importa padecer, coño.

CÁRDENAS.—Y padecen desde que salen de sus islas. La última vez se fueron a Magallanes 600 hombres. Los metieron a todos amontonados en las bodegas del buque. El Navarino era. ¡600 hombres! ¿Ud sabe lo que es eso? Ni el ganado resiste esos rigores... Le juro que me hubiera puesto a gritar de rabia. Si tan sólo uno se arrepintiera de irse, sería como empezar de veras. En vez de mirar para el sur, mirarían pa'su tierra.

(*Entra Orfelina con una bolsa de tejido en la mano*).

ORFELINA.—Buenas, con permiso. (*Se acerca a Cárdenas*).

DON ANDRADE (*galante*).—Buenas, Orfelina. ¡Muy buenas!

ORFELINA (*a Cárdenas*).—Lo buscan, en la Cooperativa.

CÁRDENAS.—¿Por qué no atiende usted? Hágame ese favor.

ORFELINA.—Quieren sabanillas y no quean.

CÁRDENAS.—Bueno, si no quean, no quean.

ORFELINA.—Mejor va usted. Es gente que ha venío otros años y también quieren lana hilá.

CÁRDENAS.—Sí, mejor voy yo. Vamos.

DON ANDRADE.—Cárdenas, por qué no deja usted a la señorita Orfelina, pa'que yo le pueda hacer una atención, ¿qué dice?

CÁRDENAS (*sonríe*).—Está bien, está bien. (*Sale*).

DON ANDRADE.—Me va usted a permitir, que, así como decimos los toreros, le brinde a usted este toro. (*Pone una botella en el mostrador*).

ORFELINA.—Ya le he dicho que no me gusta el jerez.

DON ANDRADE.—Pero si es jerez dorado, Orfelina. Dorado como la luz de sus ojos. (*Insinuante*). Pero si el licor no le gusta, ¡vamos!, qué entonces, aquí estoy yo, mi persona, mi simpatía. (*Ante la escasa reacción de ella*). ¡Que la estoy piropeando, hombre!

ORFELINA.—¿Ah, era a mí?

DON ANDRADE.—¿A quién si no? A los ojos más lindos de Curaco. A ese tipito, aunque un tanto, un

poco desmejorao, pero que me tiene chalao, mi señor, chalao.

ORFELINA (*mortificada*).—Yo estoy comprometía. ¿No lo sabía?

DON ANDRADE.—Con el aire.

ORFELINA.—El Segundo va a venir a casarse conmigo.

DON ANDRADE.—Primero ya vino... y segundo se fue.

ORFELINA.—Porque todavía no tiene plata. Está trabajando, p'.

DON ANDRADE.—Para otra.

ORFELINA (*sin saber qué agregar*).—Y por último, a usted no le importa.

DON ANDRADE (*impetuoso*).—¡Cómo no me va a importar, salerosa, si me bebo los aires por ese palmito, por esos...

ORFELINA (*completa la frase*).—...ojitos! Ya lo sé.

DON ANDRADE.—Y si lo sabe... entonces... ¿qué?

ORFELINA.—Ná.

DON ANDRADE.—¿Cómo, ná?

ORFELINA.—Ná.

DON ANDRADE.—Y si no es ná, ¿qué se ha quedao haciendo, entonces, en mi sola compañía y disfrutando de mi presencia absoluta?

ORFELINA (*lo mira sin saber qué decir*).—Será porque tenía ganas de pararme un rato.

DON ANDRADE.—Pa'conversar conmigo.

ORFELINA.—No. Pa'pararme, no más.

DON ANDRADE (*después de un momento, tratando de interesarla*).—¿Ha visto, usted, cómo he pintao el frente de mi casa?

ORFELINA.—No me había fijado, fíjese.

DON ANDRADE (*impacientándose*).—Pero usted misma me ayudó a elegir el color, coño.

ORFELINA (*impasible*).—Bah, no sabía que era pa'ustedé.

DON ANDRADE.—Por María Santísima, Orfelina, que me está usted poniendo banderillas.

ORFELINA (*se ríe*).—Con lo que salió, agora, pues.

DON ANDRADE.—Pero en cuanto nos casemos usted y yo... ya verá, Orfelina, ya verá. (*Trata de acariciarla*).

ORFELINA (*se aparta, molesta*).—Ya le dije que soy una mujer comprometía.

DON ANDRADE.—¿No está el hombre, en una mina que llaman Turbio?

ORFELINA.—Sí, p'.

DON ANDRADE (*la abraza*).—Pues, así se quedó el mocito. Turbio. Y como a mí me gustan las cosas claras, así estamos. Yo queriéndola y usted, también.

ORFELINA (*asustada*).—Al pasito, al pasito que se puede caer del caballo. (*Forcejea por soltarse*). Ya, pues, sosiéguese... ¡Asuélteme! (*Lo aparta y corre hacia la puerta*).

DON ANDRADE.—¡Olé por las chicas guapas, que no se dejan abrazar por cualquiera! (*Contrariado*). Aunque ese cualquiera sea yo, coño. (*Trata de abrazarla*). Y a ver si nos ponemos menos arisca, que al fin y al cabo, tendremos que dormir juntos en la misma cama.

ORFELINA.—¿Y qué contiene eso, agora? No esté diciendo esas cosas, pué.

(Orfelina sale corriendo. Don Andrade le da una nalgada. Grito de Orfelina. Sale).

DON ANDRADE *(la mira irse, riendo)*.—Anda, anda, que ya te cogeré desprevenía y me darás el sí, Orfelina. *(Repara en Alvarado que está en la calle)*. Oiga, usted, Alvarado, ¿qué se ha quedao haciendo ahí? ¿Le pasa algo? ¡Tiene usted una cara!

ALVARADO.—No... no me pasa ná. Estaba pensando.

DON ANDRADE.—¿En lo que dijo Cárdenas?

ALVARADO.—En parte sí y en parte no.

DON ANDRADE.—A mí me parece sensato el hombre y lo que dice. Pues, es para el mejor de todos. ¿No quiere usted entrar?

ALVARADO.—No, gracias, ya me iba pa'la lancha.

DON ANDRADE.—Con Dios.

(Se oscurece el almacén. Entra el coro a primer plano).

(Hablado)

En su barca chilota
pasa Alvarado
las penas que no dice
las va remando.

Pa'acercarte a la playa
voy a cantarte

cosas de este verano
para alegrarte.

(Canto al tiempo que dos parejas bailan la periconá).

Los turistas en Castro
compran bandejas
donde "El Gringo" se comen, caramba,
su par de almejas.

(Estribillo)

A lo lero lero lero
a lo lero lero lé
a lo lé lero lé lero lé,
a lo lé lero lé lero lá.

En la quinta de Niklish
comen curanto
la chicha que fermenta, caramba,
rompe los frascos.

(Estribillo)

Después pasan pa'Achao
miran la Iglesia
dan una vuelta en bote, caramba,
y se regresan.

(*Estribillo*)

(*Alvarado, cabizbajo, sale lentamente*).

(*Hablado*)

A Alvarado mi canto
no le ha servido
y se va con sus penas
en los bolsillos

¡quién pudiera ser agua
pa'acompañarlo!
¡quién tuviera trabajo
pa'conformarlo!

(*Sale el coro.*

Calle de Curaco. Al reparo del alero grande, Candelaria, Estefanía y Brunilda).

CANDELARIA (*a Estefanía, que quiere irse*).—Esperemos otro ratito. Pa'ver si viene el correo.

ESTEFANÍA.—Hoy no hemos hecho otra cosa que esperar.

BRUNILDA.—Ya tendremos tiempo de encerrarnos too el invierno. (*Entra Rosario*).

CANDELARIA.—¿Aónde va Rosario, tan apurá? Alléguese pa'acá y cuéntenos.

ROSARIO (*se detiene muy a su pesar*).—¿Y qué voy a contar?

ESTEFANÍA.—Algo... de Alvarado, por ejemplo.

ROSARIO.—Ná hay que decir.

CANDELARIA.—Catay, chica. Yo tendría pa'hablar too el día, porque no es toos los días que se casa una.

ROSARIO.—¿Y quién le dijo que me voy a casar?

CANDELARIA.—No hay más que verle los ojos al Alvarao pa'saber las intenciones que tiene ese hombre.

ROSARIO (*trata de ser amable*).—Será como usté dice, pero yo no he pensao en casarme.

ESTEFANÍA.—Quiere guardarse el secreto pa'ella sola.

ROSARIO (*mordaz*).—Si fuera secreto lo sabría toda la isla.

CANDELARIA.—No sea tan suelta'e lengua niña, que se te puce enrear.

ORFELINA (*ha entrado y escuchado toda la conversación*).—Yo estoy de parte de Rosario. ¿Por qué va a andar como un Chucao, canta y canta? Si quiere guardar sus cosas, ella es dueña.

ESTEFANÍA.—Es que los Oyarzo son así.

ROSARIO.—¿Y qué tiene que sacarle a mi familia?

CANDELARIA.—Si es pa'tirarte la lengua, no más, tonta. Si fueras la Orfelina andarías bailando desnúa por Curaco.

ORFELINA.—¡Por Dios, cálese, no diga deso agora!

BRUNILDA.—Vos no te casas porque no quieres, no más. Ahí está don Andrade, chivateando cada vez que te ve.

ESTEFANÍA.—Yo no me fijaría que es viejo.

BRUNILDA (*con buena intención*).—Yo lo encuentro muy bien pa'la Orfelina.

ORFELINA (*con ironía*).—Pa'las las gallinas el maíz, pa' los pollos el arroz, pa'los viejos son las viejas y pa' los mozos soy yo.

(*Da un respingo y sale con aire digno*).

CANDELARIA.—¿Han visto las pretenciones?

ROSARIO.—¿Si no lo quiere pa'qué se va a casar con él?

BRUNILDA.—El cariño viene después. Debes conformarte con tu destino, Rosario. Y Alvarado es muy buen hombre.

ESTEFANÍA.—Y tiene bonito carácter.

BRUNILDA.—Sí, no es feo. Y tú tampoco eres fea.

CANDELARIA.—Eres bonita, niña. Así que los chiquitos van a salir de lo mejor... Ya, pues, cuéntanos qué te dijo. Si los vimos en la playa juntos.

(*Rosario, con la vista baja, guarda silencio. Teme a las bromas de las mujeres, pero no se atreve a alejarse*).

CANDELARIA.—Mejor dinos qué hizo cuando te besó. Porque te habrá besao. En estos tiempos andan toos apuraos. No es como los tiempos de antes.

BRUNILDA.—Pero cómo le va a preguntar esas cosas a la Rosario. Ella sabrá, pues.

CANDELARIA.—Si le pregunto es por su bien. Según eso es como le irá después. (*Explica*). Algunos besan torcíos. Y eso no es naíta'e bueno. Otros, hacen ruíos.

BRUNILDA.—¿Y de aónde sabe tanto del amor?

ESTEFANÍA.—¿Qué contiene eso, agora? No va a andar haciendo averiguaciones, p'.

CANDELARIA.—Sí, p'. (*Siguiendo su relato*). Hay otros que cuando besan... (*Se interrumpe*), pero pa' qué seguir, éstos son los menos.

BRUNILDA.—Diga, pues, diga.

CANDELARIA.—Esos besan como si se les escapara el alma. ¡Son los mejores! Pero no deben quear. (*Con intención*). ¿O quean todavía, Rosario?

(*Rosario se aparta de las mujeres, alejándose*).

CANDELARIA (*la mira*).—Debe ser de esos, entonces. (*La llama*). ¡Rosario! Niña, venga pa'acá pa'aconsejarla.

ROSARIO (*se vuelve, rabiosa*).—¡Guardé sus consejos pa' otra! Yo sé bien dónde miro. (*Sale*).

CANDELARIA.—¡Dios mío, esta niña! No sabe lo que es la vida sin un hombre al lado.

ESTEFANÍA.—Ahora que podría estar acompañá pa'siempre con Alvarao.

CANDELARIA.—Tiene que irse con él para que no sufra nunca esta soleá. Tiene que irse con él.

BRUNILDA (*después de un silencio*).—¡Onde andarán nuestros hombres!

ESTEFANÍA.—Pasando frío.

CANDELARIA.—Y quizás qué humillaciones. ¡Qué no daría por tenerlo a mi lao! Lo va a tragar la pampa, como a los otros. ¡Bahamondez! Ese frío no es

humano y la gente no mira bien a los chilotos...
¿Por qué te fuiste, Bahamondez?

BRUNILDA.—Cuando se nace el trigo nada anda bien.
Pero con unos ahorritos en la costura había pa'
comprar algo de harina y aceite si faltaba. ¿Por qué
te fuiste, Avendaño?

ESTEFANÍA.—Esa mina del Turbio es peligrosa. ¿Cómo
podrán tus pulmones soportar el encierro? ¡Bar-
rientos! ¿Por qué te fuiste?

*(Las mujeres se agrupan viéndolos alejarse en el
recuerdo, sin trasuntar su dolor, dignas, casi estatua-
rias).*

(Entra el coro cantando).

*(Con ellos, Alvarado y Rosario, que se sitúan en
primer plano, cada uno en extremos opuestos. Alvara-
do la mira con intensidad. Rosario, sólo el mar).*

Chiloé es un palafito
que suspira por sus hombres
se fueron para otras tierras
se fueron quizás a dónde.

Alvarado está por irse
Rosario no lo ha mirado
si se va, quiere con ella
empezar nuevo trabajo.

Pero Rosario no quiere
caminar con ese dueño
su corazón se ha plegado
como pájaro en invierno.

Y otra vez se irá en un barco
un chilote y otro más
dolidos si no regresan
dolidos porque se van.

Chiloé, verdes colinas
húmedo cielo, silencio,
en cada rincón, la lluvia
está llorando por ellos.

(Candelaria, Estefanía y Brunilda inician la salida, pensativas. Las siguen el coro, Alvarado y Rosario. Coro y personajes se entrecruzan). (Desaparecen por distintos puntos).

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Cocina en casa de la Oyarzo. Esta y Candelaria tejen a telar. Fuera de escena trajina Zoilo, ánima del marido muerto de la Oyarzo, arrastra muebles.

LA OYARZO.—Ya anda trajinando otra vez. Jesús, María Santísima, Madre de Dios.

CANDELARIA.—¿Quién?

LA OYARZO (*en voz baja*).—Mi marío. Le ha dado por penar, otra vez. Yo no sé lo que contiene.

CANDELARIA.—Le faltará una misa.

LA OYARZO.—No le falta naíta. El es así. Trajinante y porfiado en la muerte como fue en vida.

CANDELARIA.—No la vaya a oír. Se puede ofender. Y ahí sí que sacaría el pan como una flor.

LA OYARZO.—En la noche es lo peor.

CANDELARIA.—Pero ya van pa'muchos meses que murió.

LA OYARZO.—Más del año. Pero ha vuelto. Yo creo que me quiere anunciar algo. Cuando recién muerto, tres noches vino a acostarse a la cama. Pero eso era natural, porque estaba recién muerto.

CANDELARIA.—Sí, pues, es lo que se espera.

LA OYARZO.—Es una costumbre que deberían cambiar, porque una se empavoriza. La tercera noche me atreví a hablarle. Y le dije: Zoilo, déjese, que usted está muerto ahora y en Santa Gloria esté. El Señor puee castigarlo y dejarlo errante sin encontrar su fin. Le voy a rezar un Rosario pa'que descanse en paz. Yo creo que después de eso me desmayé del miedo que me causaban mis propias palabras.

CANDELARIA.—¿Y se fue?

LA OYARZO.—No se fue nada. Porque cuando desperté otra vez los huesos se me habían helao y a una le daba como un miedo al corazón. Cuando empezó a aclarar sentí que se iba. Ahora está muy inquieto y le ha dado por cortar leña.

(Momentos antes se ha escuchado el ruido de un serrucho cortando leña).

CANDELARIA.—¿Pero la corta?

LA OYARZO.—¡Qué ha de cortar! Se vuelve puro ruío, no más.

CANDELARIA (*mira hacia los lados con temor*).—Hablemos de otra cosa, mejor.

LA OYARZO.—Sí, hablemos.

(*Entra Zoilo y después de unas caminadas se sienta entre las dos mujeres. Mastica un pedazo de pan*).

LA OYARZO (*después de un momento*).—A veces siento a Zoilo como si estuviera a mi lado, masticando.

CANDELARIA.—Yo no siento ná.

LA OYARZO.—Sólo los parientes pueden oírlo. Y, a veces, algún vecino, si es su deseo.

(*Zoilo mastica al oído de Candelaria*).

CANDELARIA (*se mueve inquieta. Se frota la oreja*).—Me está contagiando y hasta a mí me parece oírlo masticar. Hablemos de otra cosa.

LA OYARZO.—Sí, hablemos.

(*Zoilo sale. Da portazos. La Oyarzo se santigua*).

CANDELARIA.—¿Sigue?

LA OYARZO (*escucha*).—Parece que se fue. Debiera haber algo que les enseñara a portarse como finaos,

¿no? O que les prohibiera penar cuando se les da la gana. Es pa'morirse de miedo.

CANDELARIA.—Están pasando cosas. Al padre de Pancho Tieso lo han vuelto a oír ladrar. No se aparta de la casa.

LA OYARZO.—¿Y eso? Se murió hace bastante tiempo.

CANDELARIA (*confidencia*).—Yo le voy a contar que van pa'dos noches que no pego los ojos.

LA OYARZO.—¿Y eso?

CANDELARIA.—Se han metío los brujos otra vez. Rajuñan la puerta, dan patadas y se comen la manteca, aunque no dejan señas, como siempre. Y uno sabe que son ellos, porque ño se siente ese sobrecojimiento que dan las ánimas. Es miedo con rabia el que me da. Por eso sé. La otra noche, uno se me cayó encima cuando estaba acostá. Lo empujé más que ligero y sentí, como ahora siento mis palabras, el golpe que se dio al caer al suelo.

LA OYARZO.—Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios.

CANDELARIA.—Es demasiao, ¿no le parece? Y no se lo había querío contar a nadies.

LA OYARZO.—Hágales un sahumero. La Abuela Chufila sabe deso.

CANDELARIA.—Cómo no va a saber si es bruja, también.

LA OYARZO.—Pero no se le ha visto en ná.

CANDELARIA (*se atreve*).—Es la Chabelita Rosca. Aho-se mienta la Abuela Chufila, pa'disimular.

LA OYARZO.—Como Abuela Chufila la hemos conocío siempre.

CANDELARIA.—Cuando quiere se hace jovencita y en-

tonces es la Chabelita Rosca. Le pasó al Lauro, pues.

LA OYARZO.—¿Y si la descubrió cómo es que está viva, todavía?

CANDELARIA.—Porque el Lauro no había querido decir ná, hasta ahora. Se lo voy a contar, pero que de su boca no salga. Iba el Lauro una noche medio achispado por un camino, bien noche, y en eso se encontró con la Chabelita Rosca. Una niña tan preciosa dijo que era, que no púo con la tentación. Y cuando en eso estaba, la niña se transformó en una vieja, vieja y luego en un animal. Entonces él le gritó: Yo sé que eres la Chabelita Rosca, y ella se asustó y le rogó que no lo contara a nadies y que le dijera que no la había reconocío, porque, entonces, se iba a morir dentro de un año. Y se puso a llorar. Y él la volvió a ver tan bonita y le dijo que no sabía quién era, que no la había reconocío y por eso, no más está viva la Abuela Chufila.

LA OYARZO.—¿Cómo es que le pasó, ahora, si la Abuela Chufila es tan vieja, pues?

CANDELARIA.—Poderes que tiene, pues.

LA OYARZO.—¿Será la Viuda?

CANDELARIA.—No sé si es la Viuda, pero puede ser, también.

LA OYARZO.—Entonces, la Chufila estará por morirse, digo yo.

CANDELARIA.—Esa no se muere ni aunque la maten.

(Guardan silencio. Entra Zoilo. Camina. Mira a su

mujer y le hace unos pasos de cueca zapateada. La Oyarzo los siente).

LA OYARZO.—Descansa en paz, Zoilo, por amor de Dios. No me penís tanto que me voy a enfermar.

(Zoilo da unos zapateos más. Suspira hondamente y sale. Se oyen sus pasos alejándose. La Oyarzo los sigue hasta que desaparecen muy lejanos. Silencio).

LA OYARZO (da un gran suspiro de alivio).—¡Gracias a Dios, parece que se fue de verdá!

CANDELARIA.—Más vale así. Y a mí pueda ser que los brujos me dejen en paz esta noche.

LA OYARZO.—Si Zoilo quiere entibiarse del hielo que sufre, ahí está su cama que compartimos tantísimos años, como ha de ser. Es mi marío, en la vida y en la muerte.

CANDELARIA (se esponja).—Siente como un alivio. ¿Será que se fue de verdá su finao?

LA OYARZO.—Yo también me siento más livianita, fíjese.

(Rien ambas).

CANDELARIA.—¡Estós hombres! Vivos o muertos siempre nos andarán penando. El destino de las mujeres.

LA OYARZO.—Así no más ha de ser.

CANDELARIA.—Ya tenemos bastante con lo que nos pa-

sa, pa'que vengan los finaos también, ¿no le parece?

LA OYARZO.—Poco pasa, pero pasa.

CANDELARIA.—Es lo que digo yo... (*con intención*).
¿Y... pa'ónde anda la Rosario?

LA OYARZO.—Onde su tía Zunilda, fue pa'ayudarla a hilar lana.

CANDELARIA.—No vaya a estar hilando otra cosa, pues.

LA OYARZO.—¿Qué?

CANDELARIA.—Bueno... un amor.

LA OYARZO.—¿Y eso qué contiene?

CANDELARIA.—Galvarino Alvarado, pues.

LA OYARZO.—¡Ah, sí! Me dijeron que la mira. Pero esta hija mía es tan rara que ni se habrá fijao.

CANDELARIA.—Y son de los Alvarado de Mechuque.

LA OYARZO.—De Tenaún, me dijeron.

CANDELARIA.—Bueno, así será. Alvarao hay en toas partes. Buena gente serán.

LA OYARZO.—Y es un hombre formao.

CANDELARIA.—Con bonito carácter, porque hay algunos diablos que salen tan feos.

LA OYARZO.—Creo que sería lo mejor pa'la Rosario, si la pidiera. A veces anda como contrariá y no puedo entenderla... Sí. Creo que sería lo mejor pa' la Rosario.

CANDELARIA.—Entonces la Rosario tendrá que aceptar lo que su madre así ha dispuesto. El matrimonio arregla toas esas contrariedades.

LA OYARZO.—Sí, pero... toavía no ha venío nadies.

CANDELARIA.—Sí, p', no ha venido nadies.

LA OYARZO.—¡Imagínese que se arrepienta!

CANDELARIA.—Con esta niña tan rogá.

LA OYARZO.—¡Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios!
Habrá que rezar una novena.

CANDELARIA.—Eso va pa'largo. Un rosario es más corto.
(Piensa). Y pa'ayuar más las cosas, deberíamos ha-
cer unos sahumeros.

LA OYARZO.—Es complicar mucho, yo creo.

CANDELARIA.—Me lo dice la experiencia. Un rezo a la
Virgen y un sahumero al hocicón. Que nadie está
libre, que haya un brujo en un rincón.

LA OYARZO.—Me ha convenció. Póngase a hacer el sa-
humero que yo me pongo a rezar.

(La Oyarzo sale en busca de un rosario. Vuelve, se sienta y reza con devoción. La Candelaria busca unas yerbas y las prende. Esparce el humo por los rincones mientras repite: "Un rezo a la Virgen y un sahumero al hocicón, que nadie está libre que haya un brujo en un rincón". Después de un momento, golpean a la puerta. Ambas se miran. La Oyarzo mira hacia afuera con gran precaución. Se vuelve con los ojos abiertos como platos).

LA OYARZO.—¡Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios!

CANDELARIA.—¿Qué fue?

LA OYARZO *(en voz baja y casi sin aliento)*.—¡Galvarino Alvarado!

CANDELARIA.—¡Jesús me ampare! Resultó. *(Reacciona)*.

El olor a yerbas. Hay que sacarlo, si no quizás qué cosas puede imaginar.

(Las dos mujeres tratan de aventar el humo, con manos y delantales. Vuelven a oírse golpes).

CANDELARIA.—Yo abriré.

(Abre. Entra Galvarino Alvarado).

ALVARADO *(después de un momento)*.—Buenas.

LAS MUJERES.—Buenas.

ALVARADO.—Galvarino Alvarado, pa'servir.

CANDELARIA.—Ya lo conocíamos.

LA OYARZO.—Pase. Asíéntese por aquí.

(Se sientan. Silencio. Largo, largo silencio. Las mujeres se miran. Candelaria es la más impaciente. Mueve manos, pies, suspira).

ALVARADO *(carraspea)*.—La pasá a Tenaún ya se puso mala. Un primo mío no pudo llegar ni a Dalcahue.

CANDELARIA.—¡Como toos los años!

ALVARADO.—Deberían cambiar los estacaos de madera que hacen la defensa, p'.

LA OYARZO.—Me parece a mí también. *(Se miran con Candelaria)*.

ALVARADO.—Está jodiendo las casas de los pescadores.

CANDELARIA.—Y eso que el invierno no está bien entrao.

(*Silencio. Largo silencio. Alvarado busca, desesperadamente, un tema de conversación. Saluda con la cabeza, levemente*).

ALVARADO.—Otro problema es que... en Queilén las lanchas se están aprovechando y cobran una barbaría por llevarlo a cualquier punto de la isla.

LA OYARZO.—Son tan abusaos.

(*Silencio. Vuelta al pequeño saludo y a tragar saliva*).

ALVARADO.—La otra es que pares que van a construir caminos pa'llegar más fácil a Quenchi desde Caucahué. Y no va a ser tan sacrificio pa'los agricultores llevar sus productos, como ahora.

(*Lo quedan mirando, sin decir palabra*).

CANDELARIA (*se decide a tomar el toro por las astas*).—Usted, pues Alvarado, las tiene toas. Si hasta parece la radio de la Orfelina. (*Alabándolo*). ¡Tan noticioso!

(*Alvarado, sonríe apenas. Sucede otro silencio*).

CANDELARIA (*por lo bajo a la Oyarzo*).—Pares que se le terminaron las pilas.

LA OYARZO (*temerosa que Alvarado la haya oído*).—

¿Se sirve alguna cosita? Me quea un poquicho de licor de Oro.

ALVARADO (*se pone de pie*).—No, gracias, no se molesten, no me sirvo nada.

CANDELARIA (*a la Oyarzo*).—Debería tener fuerte. Hay veces que hay que servir fuerte. (*A Alvarado*). Tendrá que disculpar.

LA OYARZO.—Desde que se fue Zoilo que no manejamos licor.

ALVARADO.—Estará bien, allá.

LA OYARZO.—Dios lo oiga y la Santísima Virgen, por Dios.

ALVARADO.—Se gana buena plata. (*Explica*). En la Patagonia.

LA OYARZO.—¡Ah!

CANDELARIA.—¿Y cuándo se piensa de ir?

LA OYARZO.—Deje que lo diga él. No es ningún múo. (*A Alvarado*). Y si no quiere decirlo no lo dice, p'.

ALVARADO (*se decide a hablar*).—De eso quería hablar y de otras cosas, también, pero está con visita.

CANDELARIA (*rápida, se levanta*).—En ausencia del padre es mejor dos mujeres que una pa'aconsejar. ¡Siéntese! (*Lo empuja a la silla, por el hombro*).

ALVARADO.—Ya estoy grande pa'oír consejos.

CANDELARIA.—Nunca jamás es tarde pa'oír consejos y tener buenos propósitos, decía mi finá mamá. Y yo creo que razón tenía.

LA OYARZO (*temerosa que Alvarado se moleste*).—Déjelo que se exprese él, pues Candelaria.

CANDELARIA (*humilde*).—Estaba ayuando.

ALVARADO.—Tampoco estoy necesitando de ayúá. (*Rectifica, temeroso de ofender*). Aunque uno debe estar siempre bien agradecido de... de la gente... y de too.

(*Decae nuevamente la conversación. Las mujeres se miran afligidas. Silencio opresor. Alvarado transpira. Su cuerpo se inclina, adelantándose a las palabras que no logran salir. Finalmente, y aferrándose a su gorra, se para y lanza de una sola vez su pregunta*).

ALVARADO.—Yo quería preguntarle si me pueo casar con la Rosario.

(*Las mujeres contienen el suspiro de alivio. La Oyarzo tiene un acceso de tos*).

LA OYARZO (*calmándose*).—Asiéntese, por favor.

ALVARADO (*se sienta*).—Gracias.

LA OYARZO (*después de tranquilizarse*).—¿Dijo que quería casarse con la Rosario?

ALVARADO.—Eso dije.

LA OYARZO.—¿Quiere decir que la vino a peír?

ALVARADO.—Sí, señora, con su permiso.

(*La Oyarzo saca un pañuelo*).

LA OYARZO.—Una no se da cuenta cuando los hijos crecen. Es el destino de toa madre entregar a sus hijos que con tanto sacrificio los crió, Jesús, Virgen

Santísima, Madre de Dios. (*Suspira hondamente y se seca unas lágrimas*).

(*Candelaria mira a uno y otro, apretando la boca para no interrumpir*).

ALVARADO (*se levanta, jubiloso*).—¿Quiere decir, entonces, quiere decir que yo... que usted y yo, quiero decir que la Rosario y yo...?

LA OYARZO (*se repone de su emoción y toma un aire práctico, interrumpiéndolo*).—Vamos por parte.

(*Candelaria se prepara, complacida, a escuchar*).

ALVARADO.—Mi hermano Eulogio es mariscaor. Tiene lancha propia. Y con tanto extranjero que viene del Norte y del lado de la Argentina, no dan abasto.

CANDELARIA.—Eso es en el verano, p'.

ALVARADO.—Sí, p'.

LA OYARZO (*desconcertada*).—¿Su hermano Eulogio, también la va a peír?

ALVARADO.—¡Noo! Le estoy presentándole la familia, pa'que la conozca.

LA OYARZO (*complacida*).—Tan amable.

ALVARADO.—El me dice que me vaya a trabajar con él, pero yo prefiero d'irme a Magallanes. Siempre estaremos mejor que aquí.

CANDELARIA.—Sí, p'. Se casan y se van y la mujer quea sola expuesta a la tentación, que pa'eso la dejan sola y ella no tendría ninguna culpa.

ALVARADO.—Yo soy diferente. Y si me fuera solo, volvería toos los inviernos.

CANDELARIA (*trata de ser amable*).—Nada de leso. Pa'l tiempo del reitimiento.

ALVARADO.—No soy de éstos que vienen a hartarse de chancho y a mostrar su ropa nueva, sin pensar en llevarse a sus mujeres. Si yo me voy, me voy con la Rosario (*A la Oyarzo*), si usté da su consentimiento. Me gustaría casarme con la Rosario... pronto.

LA OYARZO (*se angustia*).—Pronto...

ALVARADO.—Me han ofreció un buen trabajo pa'Magallanes y los barcos no pasan toos los días. Hay que aprovecharlos.

LA OYARZO.—¿Y la Rosario sabe que tiene qu'irse?

ALVARADO.—He hablado una o dos veces con ella.

LA OYARZO.—¿Y qué ha dicho?

ALVARADO.—No dice ná.

LA OYARZO.—¿Entonces está conforme con casarse?

ALVARADO.—No dice ná.

LA OYARZO.—¿Pero sabe que usté la quiere pa'casarse?

ALVARADO.—Ella no dice ná, no dice ná.

CANDELARIA (*a la Oyarzo*).—¿Pa'qué pregunta tanto?

Si él quiere casarse, ya está dicho too. Usté da su consentimiento, y no hay más que hablar.

LA OYARZO (*después de un momento lo invita a volver a sentarse*).—Considerando (*Se esfuerza por hablar de la mejor manera*) lo que usté dijo y que es su deseo y que también es el mío, me creo que sería

muy cumplío para mí (*Suspira*) que se case con la Rosario, Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios. ALVARADO (*se pone de pie*).—Gracias, en ese caso podemos fijar la fecha pa'que nos casemos.

LA OYARZO.—Me hubiera gustao que sus padres hubieran venío a peírla, también.

ALVARADO.—Tenaún está aislado. La braveza de mar no permite el paso de lanchas chicas. Por eso.

LA OYARZO.—¡Cómo ha de ser, entonces!

(*Ambas mujeres se han puesto de pie*).

ALVARADO.—No ha dicho cuándo nos casamos.

(*La Oyarzo titubea, pensando en los gastos. Mira a Candelaria que interpreta la mirada*).

CANDELARIA.—Pa'l día del medán sería bueno. Y ahí cooperamos toos.

LA OYARZO.—Nadies se ha casao nunca en un medán.

CANDELARIA.—Que sea ésta la primera.

ALVARADO.—Está bien, pero pa'cuándo lo harían.

CANDELARIA.—Es cosa de hablar con los demás. Total pa'el almud de papas que hay que traer. (*Recuerda la boda*). De veritas que hay que traer de un too.

LA OYARZO.—Cordero, principalmente y chanco.

CANDELARIA.—Déjelo too por mi cuenta.

ALVARADO.—Tiene que ser luego, por el barco.

CANDELARIA.—¿Y qué más me tardo?

ALVARADO.—¿Podría ser . . . pasao mañana?

LA OYARZO.—No alcanzaría a llegar mi hermana de Castro. Y ella estaría tan gustosa en venir.

ALVARADO.—Le avisa después. No puedo esperar.

LA OYARZO (*después de un momento*).—Bueno, cómo ha de ser, si usted es el único hombre que hay, por el momento en la familia, tendrá que mandar, p'.

ALVARADO (*da la mano sacudiendo el brazo a ambas mujeres*).—Hasta luego... no más. (*Se pone el sombrero y sale*).

LA OYARZO.—¡Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios! (*Se abrazan*).

CANDELARIA.—Ahora hay que decirle a la Rosario que está comprometida pa' casarse.

LA OYARZO.—Quizás cómo lo va a tomar.

CANDELARIA.—Tiene que tomarlo bien, p'. Su padre hubiera hecho lo mismo.

LA OYARZO.—A lo mejor quiere a otro y no lo sabemos.

CANDELARIA.—Es el único que la ha peído.

LA OYARZO.—De veras, p'. Y eso es lo que vale.

CANDELARIA.—Claro como la luz del día. Bueno, ahora me voy a prepararlo too. Falta un día, no más, pa' pasao mañana.

LA OYARZO (*disponiéndose a trabajar*).—Tendré que ponerme a fregar pisos, en seguida. Y los músicos, sobre too, que no vaya a faltar acordeón, Candelaria.

CANDELARIA.—Habrá hasta violín. Déjeme a mí. (*Antes de salir se vuelve*). Tendremos que ponernos a rezar la novena, después, en agradecimiento. Hasta luego. (*Sale*).

(*Saca el rosario, se sienta y comienza a rezar*).

ROSARIO (*ha entrado momentos antes y escuchado la última conversación*).—No me casaré con Galvarino Alvarado.

LA OYARZO.—¿Cómo que no te quieres casar?

ROSARIO.—Así como le digo.

(*Rosario guarda silencio. La Oyarzo siente como un desvanecimiento. Ella corre en su ayuda*).

LA OYARZO.—Tú quieres matarme, hijita. Yo a ese Alvarado lo encuentro de lo mejor. Se ve que es alentao pa'l trabajo y tiene buena salú. Te va a dar buenos hijos, p'.

ROSARIO.—No quiero hijos de él.

LA OYARZO.—¿Y qué contiene eso, agora? ¡Jesús! A ti te han hecho algún mal, Virgen Santísima, Madre de Dios.

ROSARIO.—¿Qué apuro le entró por casarme?

LA OYARZO.—Porque quiero cerrar los ojos dejándote bien colocá y porque de un repente se va la donosura. Por eso quiero que te cases y formes tu casa y tengas tus hijos como Dios manda. Somos pobres, Rosario.

ROSARIO (*terca*).—Eso no es motivo pa'obligarme.

LA OYARZO (*con miedo*).—¿Es que tienes alguna vergüenza que ocultar?

ROSARIO.—Ná que ocultar tengo.

LA OYARZO.—Entonces, hijita, too está bien.

ROSARIO.—En otras partes es uno quien decide. En todas partes... Y hay gente que está haciendo cosas. Como que vivir sirve para algo más que casarse y vivir resignada.

LA OYARZO.—Esas son cosas que dicen en la radio. Yo sé lo que le conviene a mi hija.

ROSARIO (*humilde*).—Mamá, usted no va a querer mi desgracia.

LA OYARZO.—Dios me libre, hijita. Le estoy dando la feliciá.

ROSARIO.—¿Cómo va a haber feliciá si no lo quiero?

LA OYARZO.—El cariño viene después. Así nos pasó a todas. (*Pausa*). La Brunilda le puede hacer su vestío blanco. Y hasta va a llevar su coronita de flores. Lo que siento es que no esté su padre pa'acompañarnos en tanta feliciá. (*Se acerca a su hija y le acaricia la cabeza*). Porque usted va a ser bien feliz, ¿no es cierto? Dígame que sí, hijita, dígame que sí.

ROSARIO (*derrotada por la compasión que siente de pronto por su madre*).—Sí...

LA OYARZO (*la besa con ternura*).—Dios la guarde, m'hijita linda. Dios la guarde. (*La Oyarzo sale de la pieza, casi corriendo, feliz y tranquila*).

(*Rosario, como una sonámbula, camina hacia primer plano, playa*).

ROSARIO (*angustiada*).—¡Me he comprometío pa'casarme! ¡Cómo pudo ser! La vi tan desvalida como si me pidiera amparo, y no fui capaz de negarme...

¡Pero yo no quiero a Galvarino Alvarado! ¡No quiero casarme con él! (*Busca ansiosamente en el aire. Corre de un lado al otro*). ¡Ayúdame... Ayúdame! Ayúdame... ¡Oh, ayúdame!...

(*La luz fulgurante del Caleuche, aparece. Entra el Joven Naufragante. Rosario corre hacia él*).

ROSARIO (*al Joven Naufragante*).—Llévame contigo, ahora.

JOVEN NAUFRAGANTE (*la mira largamente*).—Ya no es posible.

ROSARIO.—¿Por qué?

JOVEN NAUFRAGANTE.—Alvarado.

ROSARIO.—No lo quiero.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Te ofrece la vida. Lo he pensado tanto, Rosario. Lo he pensado tanto. Tú eres tierra, yo soy mar.

ROSARIO (*se arrodilla, abrazándose a sus piernas*).—Amo el mar.

JOVEN NAUFRAGANTE.—No el que te ofrezco. El mío es un mar de tormentas.

ROSARIO.—No tengo miedo.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Y la niebla lo envuelve todo. Siempre.

ROSARIO.—Me acostumbraré.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Y no hay manzanos, como aquí.

ROSARIO.—El mar tiene sus flores.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Y mi barco no llega nunca a

puerto. No, no debe ser. Hice mal en acercarme a ti. (*Se aparta de ella*).

ROSARIO (*aún en el suelo*).—Yo te esperaba, despierta o durmiendo. Siempre.

JOVEN NAUFRAGANTE (*amándola desesperadamente*).—Fue la primera vez que escuché una voz de la tierra. ¡Tan dulce voz!

(*Rosario va hacia el Joven Naufragante. Se vuelve y la abraza tiernamente*).

JOVEN NAUFRAGANTE (*la aparta suavemente*).—¡Olvídame!

ROSARIO (*desesperada*).—No podré.

JOVEN NAUFRAGANTE (*disimula su sufrimiento*).—He visto los ojos de Alvarado y hay verdad en ellos... Lo mío también es verdad, pero es de agua... (*con esfuerzo*). Ve con ellos, Rosario. Soy aire, soy niebla.

ROSARIO.—Vives para mí.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Este amor está maldito.

ROSARIO (*le tapa la boca*).—Si es amor, ¿quién puede maldecirlo?

JOVEN NAUFRAGANTE (*la abraza*).—¡Qué difícil lo haces todo!

ROSARIO.—No podrás convencerme. (*Suplicante*). ¡Llévame! Ellos me ahogan.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Si muriera el amor en el corazón de Alvarado sería más fácil. Pero eso no ocu-

rirá, como tampoco en el mío... Sonríe, amada, sonríe, ¡paloma!

(Suenan la melodía del Caleuche. El Joven Naufragante la escucha con desesperada impotencia).

JOVEN NAUFRAGANTE *(con gran esfuerzo)*.—Debo irme. Mi barco me llama. *(La mira una vez más y se aleja)*.

ROSARIO.—¡No me dejes! *(Da unos pasos hacia él)*.

JOVEN NAUFRAGANTE.—No, Rosario. No te muevas... no te muevas... *(Desaparece)*.

ROSARIO *(desgarrada)*.—¡Vuelve, vuelve!... ¡Por favor, vuelve, vuelve...!

(Queda un momento como paralizada por la desesperación. De pronto, recuerda algo de la conversación y la esperanza la invade).

ROSARIO.—Si muriera el amor en el corazón de Alvarado, entonces sería fácil. Pero eso no ocurrirá... *(Llena de esperanza)*. ¡Oh, sí!... ¡Cómo no lo había pensado antes! ¡La Abuela Chufila me puede ayudar!

(Entra el coro. Mira a Rosario. Canta).

No encontrarás alivio
para tu mal.
Se enredaron los hilos
de tu telar.

Si la Abuela Chufila
tuviera el don,
sería tan letrada
como lo es Dios.

Deja esos sueños, paloma
caminando por el mar,
hay un camino en la tierra
que te ha salido a buscar.

Amor que viene del agua
es sueño y no verdad.
Quién quiera que lo llamara
ha de ponerse a llorar.

Porque ese amor es fuego,
sal y cristal
y se rompe si el viento
fuera a tocar.

Vuelve a tu nido, vuelve,
le grita el mar,
desenreda los hilos
de tu telar.

(Sale el coro. Rosario va hacia la cocina de la Abuela Chufila. Arrodillada e impaciente, escucha la interminable charla de la Abuela Chufila, que con un trapo pasa y repasa una olla, sentada ante un brasero).

ABUELA CHUFILA (*sonríe por un colmillo*).—Y le dije, qué le dije, ustedes son unas perdidas, eso es lo que son, que le dije. (*Ríe bajito*). Y esas eran pedradas que les tiraba a los vidrios. Toítos los vidrios le rompía.

ROSARIO (*conteniéndose*).—Abuela Chufila, deme luego las yerbas o el remedio que dijo que me iba a hacer.

ABUELA CHUFILA.—No estés tan apurada, hijita. Los hombres pueden esperar.

ROSARIO.—Pero yo, no.

ABUELA CHUFILA.—Por eso no me gusta ná la juventú de ahora. Más me gustan las cosas de antes... Esta ollita, por ejemplo. La quiero como si fuera mi propia hija. Me la regaló una patrona que tuve en Punta Arenas... ¡Y era de buena! Cuando me casé ella me amadrinó. (*Pausa*). Más me hubiera valido casarme con el diablo, digo yo...

ROSARIO.—Abuela Chufila, ¿se acuerda a lo que vino?

ABUELA CHUFILA.—Ná, hijita. (*Prosigue con sus recuerdos*). En cuanto no más llegaba se iba pa'onde esas mujeres. Me avisaban apenas iba entrando el barco, él era ingeniero de las máquinas. Yo lo esperaba pa'decirle unas cuantas cosas. Mira, mira, Alcides Antonio que le dije, qué te habís figurao, condenao del diablo que no más llegando te ibas a ir onde esas mujeres de mal vivir, qué te habís creído, que te irías a burlar de mí, que le dije. Y le dije, que le dije, la próxima vez que te vuelvas a ir onde ésas que no es garrotazo el que te voy a

mandar por la cabeza. (*Sonríe*). Ese fue miedo que le agarró y me gritó, vieja bruja... Más brujo serás tú, que le dije. (*Pausa*). Y pa'allá se fue, no más. (*Sonríe*). ¡Ay, Dios mío! y esa era lo que armaba yo. Más valiera que no le tuviera en mis manos porque, por Diosito Señor... que yo creo que lo hubiera estrangulao. (*Habla fuerte*). Entreguen a ese hombre, que está casao por las dos leyes y no tiene por qué venirse a meter onde ustedes que le sacan toa la plata, que le dije. Alcides Antonio Martínez sal de aonde esas fiuras condenás y vente pa' la casa que es onde debes estar y entregar toa la plata y no onde esas mujeres de mal vivir, que le dije. (*Pausa*). Y no lo entregaban, ná. (*Ríe*). Y esos eran piedrazos que les tiraba. Toítos los vidrios los rompía. Porque la casa era con ventanas con vidrios. Y a la fuerza me tenían que sacar. Y cada vez que llegaba el barco era lo mismo. Yo no sé cómo no se aburría. Después se fue pa'la Argentina y no volví a verle más.

ROSARIO (*trata de abreviar el relato*).—Y usted se fue a Puerto Montt y después pasó a Ancud y después trabajó en Castro y al final llegó a Curaco.

ABUELA CHUFILA.—Y ésta sabe más que yo, Jesús María. (*Pausa*). ¡Esta ollita está como nueva! Y la estufa que tenía, ¿aónde quedaría?... Y le dije, que le dije: Alcides Antonio me tienes que comprar una estufa a leña. Y me la compró pa'que me queara callá, porque lo jodía toos los días. Pero la estu-

fa que compró era tan chica, Dover la llamaban, que cuando ponía la olla de los picorocos no cabía ni una cosa más. ¡Hm! Fijo que a la mujer que tiene, ahora le ha compraó estufa blanca y con serpentina pa'l agua caliente. (*Habla fuerte*). Condená del diablo, que ese marío no es ná tuyo, y te lo agenciaste a la mala.

ROSARIO.—Pero si su marío se murió hace como noventa años.

ABUELA CHUFILA (*la mira un momento*).—Ya lo sé. Y toos nos tenemos que morir.

ROSARIO (*le toma las manos, sacándole la olla*).—Abuela Chufila, por favor, ayúeme. Deme las yerbas o el remedio que me dijo que iba a hacer. Tengo que hacer algo, pronto, pa'que Galvarino Alvarado deje de quererme.

ABUELA CHUFILA (*vuelve de sus recuerdos*).—¿Deje de qué...? ¿Pa qué...? ¿Pa qué dijiste?

ROSARIO.—Pa'que deje de quererme.

ABUELA CHUFILA.—¿Estás buena de la mollera, chica? ¿Y qué cosas son esas que dice, agora, p'? Tonta no soy, sorda no soy, ¿qué es lo que estuviste diciendo agora?

ROSARIO.—Que le haga un impedimento a Alvarado pa' que no me siga queriendo.

ABUELA CHUFILA.—¡Jesús María! ¿y qué contiene eso?

ROSARIO.—Si es muy difícil, hágalo querer a otra.

ABUELA CHUFILA (*toma su olla, la mira, la vuelve a dejar*).—En los años que tengo jamás había escu-

chado semejante barbaría. (*La escudriña*). ¿O estás preñá de algún otro?

ROSARIO.—No, no, no, no, no. Sólo quiero que me dejen en paz. No quiero casarme con Alvarado.

ABUELA CHUFILA.—Entonces quieres casarte con otro. ¿Que te pida y a ver quién gana? ¿Cuánto ofrece ese otro?

ROSARIO (*desanimada*).—Nada.

ABUELA CHUFILA.—Entonces, ni hay vuelta que darle. Si no ofrece ná es que no tiene ná y si no tiene ná ¿de qué cosa sirve? Que se quee en su corral, no más, cuidando bestias.

ROSARIO.—No tiene corral, ni tiene bestias.

ABUELA CHUFILA (*se interesa*).—A ver, hijita. Rosario, pues, que yo no conozco a ninguno de la Isla que no tenga su corral, por poco que sea. ¿Es extranjero?

ROSARIO (*suave*).—Sí...

ABUELA CHUFILA.—¿De qué lao de Chile es? ¿De Osorno o por ahí?

ROSARIO.—No, no es de ahí.

ABUELA CHUFILA.—Ya sé, es pa'l lao de la Argentina, de esos que andan con unas bombachas así tan anchas.

ROSARIO.—No, no.

ABUELA CHUFILA (*impaciente*).—Pero de algún lao tiene que ser, chica. ¿Cómo lo mientan?

(*Rosario niega con la cabeza*).

ABUELA CHUFILA.—No lo estés negando, niña. Mira que hasta el viento tiene nombre.

ROSARIO.—Por favor ayúdeme y deme sus yerbitas o lo que sea.

ABUELA CHUFILA.—Pero yo tengo que saber quién es el afortunao, p'.

ROSARIO.—No puedo decirlo.

ABUELA CHUFILA.—Dilo, no más, con confianza, que yo soy más del otro mundo que d'este y se me ha pegao toa la sabiduría de los santos ángeles. (*Ante el silencio de Rosario*). ¿Quién es, pues?

(*Rosario no contesta*).

ABUELA CHUFILA (*la observa*).—¡Hm! Por lo que me estoy entendiendo (*Le huele el pelo*) y por el olor que se te ha puesto en el pelo, que no es de manzana, ni de cholga ahumá voy a necesitar... (*Rosario la mira expectante*) raspáúra de cacho de Camahueto, canto de Chucao y un peazo de vestío de Pincoya con luna llena.

ROSARIO.—¡Pa'qué se burla de una, pues!

ABUELA CHUFILA.—Si estás embrujá tengo que hacer-te una brujería bien complicá pa'desembrujarte.

ROSARIO.—Si estoy embrujá no me quiero desembrujar.

ABUELA CHUFILA (*se escandaliza*).—Jesús María, Nuestro Señor y su corona de espinas. ¿Quién te ha ponío así? (*La palmea amistosa*). Puedes confiar en la Abuela Chufila, que no es la primera vez que oigo semejantes herejías.

ROSARIO (*sin poder contenerse*).—No quiero a nadie más que a él... aunque me pierda, aunque me convirtiera en pescao... aunque...

ABUELA CHUFILA (*le tapa la boca y la remece*).—Calla, agora, calla, calla condená. (*Se repone*). Me habís asustao, chiquilla del diablo. Las cosas que se te han metío en la mollera. ¿Lo sabe la Oyarzo?

ROSARIO.—¿Cómo voy a decirle a mi mamá que yo... que yo...?

ABUELA CHUFILA.—No digas ni una cosa más. Voy a tener que hacer un buen zahumerio pa'borrar tus palabras que habís pronunciaio en esta casa que solamente la olorosan los manzanos cuando revienta la flor. (*Pausa*). ¿Y cómo se llama el joven? ¿Tiene nombre de pájaro o de molúsculo?

ROSARIO.—¿Quiere o no ayuarme? No le pido que le haga un mal como hizo con su vecina que le dejó la lengua pegá al paladar, lo único que pido...

ABUELA CHUFILA (*la interrumpe*).—¡Calla, calla! Yo no le hago el mal a nadie. Esas son habladurías de la gente. Yo sólo dije: Aguja y tormento, los brujos alaos, que se muera pa'dentro la vieja del lao. Cierto que se le pegó la lengua al paladar y quedó frunciá. Pero no se murió ná y lo único que se le nota es cuando habla. En vez de decir milcao, dice milquíio. Pero yo no tengo ná que ver con eso.

ROSARIO.—Yo no le pido que haga cosas pa'que se muera nadie. Es sólo pa'que Galvarino Alvarado no quiera casarse conmigo.

ABUELA CHUFILA (*reacciona jubilosamente ante el*

nombre).—Pero si a ese joven lo conozco tanto. Y es de lo mejor que hay. (*Con picardía se abraza a sí misma*). ¡Ay, Abuela Chufila! ¡si tuvieras unas arruguitas menos!... (*A Rosario. Volviendo a ponerse seria*). Ya verías dónde iba a parar el tal Alvarado. Mal empiezas, hija. Lo único que vas a sacar es que cuando te cases con él, en vez de hijos te va a dar garrotazos.

ROSARIO (*desalentada va hacia la salida*).—Olvíese de too lo que le dije.

ABUELA CHUFILA.—Si me dijerais su nombre, quizás yo podría, a lo mejor.

ROSARIO.—Galvarino Alvarado. Ya se lo dije.

ABUELA CHUFILA.—El otro, hijita, el otro.

ROSARIO (*se vuelve antes de salir*).—Cuando se seque la mar, y los árboles caminen, entonces verá escrito su nombre en una nube... sobre esta misma casa.

(*Sale rápidamente*).

ABUELA CHUFILA (*queda un momento lela, reacciona con energía*).—Jesús, María, Nuestro Señor y su pesada cruz, líbranos de los pecaos por tu corona de espinas y por toítos los clavos. (*Cambia su expresión mística*). Chucao, chucao, chucao, las uñas y el rabo, llévate el mal pa'la vieja del lao. (*Mística*). José, María y Jesús, tan jodío con la cruz, líbranos de los pecaos. (*Cambia expresión*). Chucao, chucao, chucao, las uñas y el rabo, allégale el mal a la puta del lao.

(Se oscurece, voces distorsionadas repiten):

Chucao, chucao, chucao, las uñas y el rabo,
allégale el mal a la vieja del lao.

Chucao, chucao, chucao (*Repetido*).

(Luces llameantes, acompañan las voces agoreras).

Casa de la Oyarzo. Se celebra el casamiento. Bancos largos y sillas pegadas a la pared. Candelaria, Brunilda, Estefanía, la Abuela Chufila, Orfelina, Lauro, Pancho Tieso, Cárdenas, don Andrade, Rosario, Alvarado. Rosario lleva un traje blanco, modesto, y una coronilla de flores en la cabeza, de la cual cae un pequeño velo hasta los hombros. Permanece casi inmóvil, ajena a lo que sucede. Lauro está terminando de cantar. Chichicho, triste, un poco apartado.

LAURO (*acompañándose con la guitarra*).

Por eso sigo cantando
solterito y regodión.
¡Salú!, Alvarao y Rosario
y olviden al que cantó
que tengan feliciá
los bendice San Antonio
no me esperan a comer
pan con chicha en mi velorio.

(*Entra la Oyarzo con una bandeja y vasos*).

Y aquí termino de hablar
ni mal ni bien del casorio.
Suegra, la invito a bailar
una cueca por los novios.

CÁRDENAS (*después de aplaudir un poco con los demás*).

—Muy bien, muy bien. A ver esos músicos. (*Mira hacia afuera*). Entren. No se queden ahí. (*Entran tres músicos. Acordeón, bombo y guitarra-violín*).

ABUELA CHUFILA (*toma la guitarra de manos de Laurus, forcejeando*).—Yo quiero cantarle algo a los novios. No tengo ná. No tengo ná agarrotados los dedos y puedo echarme una cantaíta como Dios manda. Una polkitá.

(*Los invitados se miran preocupados. Alguien trata de quitarle la guitarra, sin resultados*).

CANDELARIA (*le habla al oído*).—Acuérdese que está en una fiesta de casados. Vea bien lo que va a cantar.

ABUELA CHUFILA (*la aparta*).—Asiéntese por allá, no más. (*Rasguea*). Está más desafiná que calzón de sacristán.

DON ANDRADE.—Dele, dele. Cante de una vez, Abuela Chufila. (*A Cárdenas*). Estamos aviados...

ABUELA CHUFILA (*canta con aire santurrón*).

Los novios se daban la mano
y a los ojos se miraban
el cura que no era lesa...

(*Carraspeos de advertencia. La Abuela Chufila comprende*).

a la novia confesaba.

Las campanas de la iglesia
repicaban, repicaban
el novio que no es lesa...

(*Gran carraspeo de los hombres*).

con el cura conversaba.

Todos.—Bien... Muy bien... Suficiente.

(*Candelaria se apresura a quitarle la guitarra. La Abuela la retiene*).

ABUELA CHUFILA.—Aguántense un poquito que aún me faltan unos versitos.

CÁRDENAS.—Yo creo que ya está bien.

LAURO.—Déjenla que se desgañite, a ver si se quea mía.

ABUELA CHUFILA (*lo mira entrecerrando los ojos*).—

Mira, mira, mira. Esta va a ser pa'vos y con finura. Y pa'toa la distinguida concurrencia que yo no soy fijá.

LA OYARZO.—Que sea corta.

DON ANDRADE.—Y la última.

ABUELA CHUFILA.—Con el mayor gusto y fina voluntad, que le dije. (*A Lauro*). Pa'vos.

(*Canta rápidamente y a voz en cuello*).

La puta que parió al diablo
quizás que puta sería
que se puso a parir
aquello que no servía.

(*Luego del primer estupor, Candelaria y otros invitados reaccionan y toman a la Abuela Chufila de un brazo. Se la llevan en vilo*).

ABUELA CHUFILA (*protestando*).—¿Que no ve que me faltan versos? Gente más desconsiderá... (*Salen con las últimas palabras*).

DON ANDRADE.—Se le fue el santo al cielo, coño.

(*Los músicos afinan sus instrumentos*).

CÁRDENAS (*a la Oyarzo*).—En la cocina le hemos dejado unos sacos de papas y una chigua de trigo pa' mientras tanto. Y la ayúa pa' los trabajos de la tierra no le va a faltar.

LA OYARZO.—Tanta molestia. Se agradece, como es debido.

CÁRDENAS.—No me agradezca naíta que en otra ocasión le tocará a usted ayuar a otros.

LA OYARZO.—Pudiendo, ¿por qué no? (*Se aparta*).

CÁRDENAS (*a los músicos*).—A ver esa cueca para pasar el mal rato, luego.

(*Los músicos comienzan a tocar una cueca. Se forman las parejas para bailar. Dos invitados cantan*).

CANTADO:

Los novios se casaron
adiós, les digo.
Un consejo, a la novia,
prendo al vestido.

Si al subir la marea
se va en un bote
pa'que vuelva le rezas
todas las noches,
todas las noches, mi alma,
cuida tus ojos,
en ausencia'el marido
no mires a otro.

Pal amor hacen falta
dos en la lancha.

(*Termina la cueca con alegría de todos. Cárdenas observa que los novios no han bailado*).

CÁRDENAS.—¿Y qué cosa es ésta, que los novios no han bailado ni una cosa? Que bailen, pus. Un cielito, podría ser.

CANDELARIA (*entusiasta*).—¡Yo lo canto!
CÁRDENAS.—Eso está bien.

(Se preparan las parejas para el cielito, incluidos Rosario y Alvarado. Rosario, maquinal, ausente, sin vida).

CANDELARIA CANTA:

Al manzano le quitaron
sus manzanas verde mar
cielito, el manzano, cielo,
lloraba su soledad.

(Estribillo)

Manzano, cielo, sí,
nadie se acuerda de ti,
manzano, cielo, no,
la tierra sí se acordó.

El manzano está mirando
las ramas sin su frutal
sus hojas, cielito, cielo,
con el viento partirán.

(Estribillo)

Manzanos, sin tus manzanas,
no llores que volverán

a tu corazón, cielito,
manzanitas de cristal.

(Estribillo)

(Después del penúltimo estribillo, la música calla repentinamente. Las figuras quedan inmóviles en la posición del baile. La luz se hace fotográfica. La música del baile "La Nave", estilizada, se oye en el momento de aparecer una fuerte luz sobre Rosario, que la acompaña a primer plano. Aparece el Joven Naufragante. Rosario alza con gracia sus brazos y ambos jóvenes bailan, mirándose con profundo amor. La música, poco después, es reemplazada por la melodía del Caleuche. El Joven Naufragante, arrulla un momento en sus brazos a Rosario y se separa de ella. Los brazos y manos se estiran hasta tocar las yemas de los dedos. El Joven Naufragante sale. Rosario vuelve a la fiesta. Se coloca junto a Alvarado. Recomienza el cielito y el baile termina. Vuelve la luz).

CÁRDENAS (indica a los demás la pareja formada por don Andrade y Orfelina, a quien aquél ha llevado aparte y está galanteándola).—¡Catay, vela! ¡que me creo que el Espíritu Santo anda suelto por estos lados!

DON ANDRADE (jacarándose).—Ud. lo ha dicho: ¡el Espíritu Santo y toa la Corte Celestial! (Meloso). ¿No es así, Orfelina?

ORFELINA (haciendo remilgos).—Ud. que es...

CÁRDENAS.—Anímese, anímese, Orfelina. Que una boda detrás de otra trae mucha suerte.

(Súbitamente estalla una tormenta. El viento sopla con furia. Los truenos se suceden. Todo se llena de ruidos. Puertas que se golpean. Lluvia. Animales mugiendo. Las mujeres se agrupan, atemorizadas).

(Entra la Abuela Chufila y se acurruca en un rincón).

ABUELA CHUFILA.—Recen, recen, que se ha desencadenado un temporal de los mil diablos.

CÁRDENAS.—No hay por qué asustarse tanto. *(A los hombres)*. Vamos a ver a los animalitos y en qué podemos ayudar.

(Salen. Las mujeres se arrodillan a rezar).

ALVARADO *(se acerca a Rosario)*.—Esto va a pasar luego. No se asuste.

ROSARIO *(sin expresión)*.—No me asusto.

ALVARADO.—Voy con ellos y vuelvo luego... pa'que... bueno, pa'irnos.

ROSARIO.—Por mí no importa que se demore.

ALVARADO *(se esfuerza por ser galante)*.—¡Cómo que no importa! Ahora estamos casaos.

ROSARIO *(apenas)*.—Sí.

ALVARADO.—Y yo voy a volver luego, pa'que nos vayamos a la pieza.

ROSARIO *(con el alma encogida)*.—Sí.

ALVARADO (*la besa casi rabioso*).—Sí, po. (*Sale*).

CANDELARIA (*rezando*).—Recemos por los buenos cristianos que se hallan extraviados.

LA OYARZO.—Por los navegantes perdíos en la mar.

(Rosario escucha la tormenta y se oprime el corazón, que pareciera fuera a estallar. Mientras las mujeres rezan se va retirando hacia el interior. Sale).

TODAS.—Por los caminantes perdíos en la noche.

TODAS.—Por los botes que no hayan podido llegar a su destino.

LASTENIA.—Por los pescadores que luchan en el mar.

TODAS.—Por todo ser vivo o muerto que se encuentre perdío en la tormenta.

ORFELINA.—Protégelos, Señor, de las tormentas y pónelos al reparo.

TODAS.—Protégelos, Señor, de las tormentas y pónelos al reparo.

LA OYARZO.—Por siempre y para siempre, amén.

TODAS.—Por siempre y para siempre, amén.

CANDELARIA.—Padre nuestro que estás en los cielos...

(Todos rezan en murmullo. Entra Alvarado, empapado. Mira buscando a Rosario).

ALVARADO.—¿Onde está Rosario?

(Las mujeres callan. La buscan con la mirada).

LA OYARZO.—No, pues, la Rosario no está rezando con nosotras. Pa'la pieza estará. Metía en su cama. Se empavoriza por demás cuando hay tormenta.

(*Alvarado va hacia el interior. A poco, sale, con rostro preocupado*).

ALVARADO.—No está, ná. (*A la Oyarzo, como reconviniéndola*). ¿A ónde ha podío ir?

LA OYARZO.—¿A ónde quiere que vaya con la tempestá desatá?

CANDELARIA.—Sí, po. ¿A ónde va a ir? Si hasta siento chivatear al Camahueto.

ALVARADO.—Déjense de cosas.

LA OYARZO (*va hacia el interior*).—Debajo de alguna cama debe estar.

ESTEFANÍA.—Andan toos los brujos sueltos.

ORFELINA.—Cállese, agora, no diga de'eso, agora.

LA OYARZO (*vuelve asustada*).—No está ná (*A Alvarado*). ¿Miró pa'l patio?

ALVARADO.—¿Y qué va a estar haciendo en el patio? (*Sale*).

LA OYARZO.—¡Jesús, Virgen Santísima, Madre de Dios! Si es una niña tan temerosa de los truenos y relámpagos, ¿a ónde ha podío ir? (*Llama*). ¡Hijita, hijita, Rosario!

CANDELARIA.—Estaba tan rara too el tiempo. Como si la fiesta no fuera pa'ella.

ALVARADO (*entra*).—No aparece. Vamos a salir toos a buscarla.

(Antes de salir se vuelve y dice a las mujeres que lo miran asustadas).

ALVARADO.—Recen, por favor. (Sale).

LA OYARZO.—Sí, sí. Recemos una Salve. (Rezan de pie).

(La pieza se oscurece. En primer plano, Rosario entra corriendo, defendiéndose del temporal y las sombras que bailan a su rededor. Gritos, aullidos, carcajadas horripilantes la rodean. El trueno retumba, como participando de la fantasmal sinfonía. Una figura siniestra proyectada, se alza frente a ella. Es el Thrauco, brujo sátiro de las islas, que intenta abrazarla. Rosario cae al suelo, vencida por el terror).

ROSARIO (con un grito).—¡El Thrauco!

(Se retuerce en el suelo, gritando su espanto. Una luz fulgurante ilumina el cielo. El Thrauco desaparece. Se proyecta la silueta del Caleuche. Entra el Joven Naufragante. Corre hacia ella y se inclina, hablándole con suavidad).

JOVEN NAUFRAGANTE (estrecha a Rosario).—He vuelto a buscarte.

ROSARIO.—Sólo a ti quiero.

JOVEN NAUFRAGANTE.—Ahora perteneces al mar. (La levanta). Esta fue tu isla, lo será si aún lo quieres.

ROSARIO (vehemente).—Sólo a ti quiero. (Se saca el velo de novia).

(*El Joven Naufragante se acerca al mar y toma unas algas verdes, delgadas como cintas y coloca el nuevo velo de desposada*).

JOVEN NAUFRAGANTE (*se arrodilla, Rosario lo imita. Entrecruzan sus manos*).—Por siempre, para siempre, Calén.

ROSARIO (*se arrodilla frente a él*).—Calén.

(*Ambos se levantan y avanzan hacia el mar, tomados de la mano, mirándose a los ojos. El Caleuche, no lejos de la playa, resplandece. La tormenta, con un último trueno, se pierde entre las islas. El fragor de las olas se calma. Poco a poco, amanece. La escasa luz del sol ilumina el grupo que mira hacia el mar: la Oyarzo, Candelaria, Estefanía, Brunilda, Orfelina y Alvarado, que lleva un pequeño farol*).

ALVARADO (*dolorido*).—No está en parte alguna. Como tragá por ...

(*No se atreve a formular su pensamiento*).

ESTEFANÍA.—No puee desaparecer en el aire.

ALVARADO.—Hemos dao vuelta la isla.

LA OYARZO.—¡Hijita, ónde estás!

CANDELARIA (*señala un tronco traído por el mar*).—Ese tronco ahí. Hace tiempo que no se varaba alguno en esta playa.

LASTENIA.—El Caleuche sería.

ALVARADO (*molesto*).—El temporal lo trajo. Duró toa la noche.

LA OYARZO.—Y esta hija mía al descampao.

ALVARADO (*celoso*).—Quizás, po.

LA OYARZO.—Tiene razón pa' estar mortificao, pero no piense mal de la hija.

ALVARADO.—Disculpe. Es que estoy como atontao... El día de nuestro casamiento...

ORFELINA.—En Changuita tiene una amiga, ¿vieron allá?

ALVARADO.—También estuvimos allá... Y en bote no pudo salir. ¿Y quién iba a arriesgarse en una noche así? No habría cristiano que se salvara de la braveza del mar.

LA OYARZO.—¿Qué esperanza nos quea?

(Entra el Chichicho, empapado, con el velo de Rosario en la mano. Ve el grupo y se detiene. Luego avanza y lo entrega a la Oyarzo).

CHICHICHO.—Lo encontré flotando en el mar.

(La Oyarzo se desploma interiormente. Lo mira largamente, comprendiendo. Lo oprime contra su corazón y sale seguida por las demás mujeres).

ALVARADO (*con miedo a saber*).—¿Y ella... la Rosario?

CHICHICHO.—No está ná. Lo recorrí too. No está ná.

(La Oyarzo se ha detenido a escuchar, sin volver-

se. Al oír la respuesta se encoge aún más. Salen. Alvarado se dirige hacia el mar, Chichicho se arrodilla junto al tronco).

CHICHICHO.—Si yo pudiera, llenaría el mar de flores pa'usté, Rosario. ¡La quiero tanto! Yo sé que usted quería la vía pa'otras cosas. ¿Por qué no la pelió? Yo la habría ayuao. (*Pausa*). ¡Pa'onde se habrá ido!... Yo la seguiré queriendo siempre, Rosario, siempre... (*Se pone de pie*). ¡Pero, qué falta me va a hacer su carita sonrosá!... ¡que falta me va a hacer!... (*Sale*).

(Luz sobre calle de Curaco. Entran, cada una con un paquete, Candelaria, Estefanía y Brunilda. Entra Pancho Tieso llevando una maleta vieja, amarrada con un cordel. Se cruza con Lauro. Este se detiene un momento, se despiden con un apretón de manos. Pancho Tieso pasa delante de las mujeres).

CANDELARIA.—¿Ya se va?

PANCHO TIESO (*se detiene*).—Ya me voy.

CANDELARIA (*le entrega un paquete*).—Llévele esto a Bahamondez, si me hace ese favor. Pa'que no pase frío. De seguro lo encontrará.

ESTEFANÍA (*entrega un paquete*).—Y esto pa'l mío, si no es molestia. Usted conoce a Barría.

PANCHO TIESO (*recibe los paquetes, confuso*).—Sí, sí.

BRUNILDA (*entrega su paquete*).—Esto es p'Avendaño, si es amable en entregárselo. No sé pa'ónde anda.

rá, ahora, pero si pregunta por Avendaño de Curaco, en seguida le van a noticiar.

PANCHO TIESO (*dudoso*).—Pero la Patagonia es muy grande. Leguas y leguas sin encontrar cristiano.

CANDELARIA.—Pero uno que encuentre, basta. ¿No ve que son toos de la isla? Tienen que conocerse, no más.

PANCHO TIESO (*no muy convencido*).—Sí, po. (*Acomoda los paquetes entre el cordel*). Bueno, yo me arreglaré. (*Sonríe para demostrar su seguridad*).

CANDELARIA.—Y dígame que escriba, aunque sea a las perdidas. Que aquí estamos esperando la carta toas las tardes, por si llega.

ESTEFANÍA.—Y que si puede alguna vez, de vez en cuando... que mande unos pesos.

BRUNILDA.—Y que no se vaya a morir lejos de Chiloé, que ésta es su tierra y aquí lo estoy esperando.

CANDELARIA.—Que toas los estamos esperando y que Dios los acompañe. Igual a usted.

PANCHO TIESO (*conmovido*).—Bueno, me tengo qu'ir.

LASTENIA (*pasa la mano suavemente por la bufanda del hombre*).—Dígale que la bufanda que le mando, si la toca así, va a sentir el calor de mi mano.

(*Pancho Tieso le da la mano a las mujeres*).

PANCHO TIESO.—Hasta luego.

LAS MUJERES.—Buen viaje... Cuídese...

(*Pancho Tieso sale. Entra Alvarado. Las mujeres*

siguen al viajero con la mirada. Sintiendo que algo de cada una se va con los pasos que se alejan. Cárdenas entra. Al ver a Alvarado, disimula la alegría de una causa ganada para la Isla. Se une a él).

CÁRDENAS.—Entonces, ¿nos quedamos?

ALVARADO (*simplemente*).—Nos queamos.

(Ambos hombres quedan quietos. Entran Chichicho, Orfelina, don Andrade, el Viejo Catrutro. Todos quedan inmóviles hasta el último apagón y la última nota. Todos mirando su esperanza. Entra el coro. Canta).

CORO (*canta*).

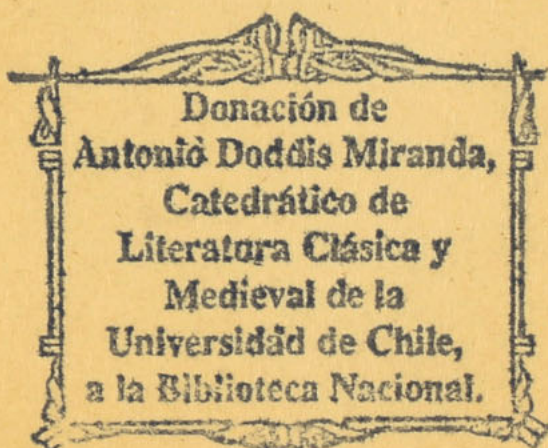
Lluvia, no mojes más
el corazón de estas islas
que es de trigo, pez, guitarra
y de lágrimas
de lágrimas.

Vuelve a tu nube mojada,
gota de piel cristalina
vuelve a ser pájaro, brisa,
música de aire en el aire.
¿Qué te pudiera ofrecer
a cambio de tu sonrisa?
Yo bailaré para ti
y tú apartarás el agua.

Toma mi canto, mi baile,
mi alma te ofrezco, lluvia,
pero recoge tus redes
barca silenciosa
lluvia.

(Ante las figuras inmóviles de los personajes, el coro comienza a bailar un baile de estilo ceremonial, con palmas y pasos silenciosos. Van desapareciendo con los últimos compases, pasando entre los personajes. Luego, unas campanas de iglesia distorsionadas por el viento. Alguna gaviota solitaria. Un sol de invierno se asoma en puntillas, y una gota de agua cae ... cae ... cae ... cae... cae... cae... cae... cae...).

FIN



INDICE

	Págs.
“El teatro de María Asunción Requena”	7
Ayayema	27
Fuerte Bulnes	117
Chiloé, Cielos Cubiertos	202

La acción y la intriga de "Fuerte Bulnes" acaecen, fundamentalmente, en la plaza del lugar, aun cuando hay algunos momentos en que acción e intriga se presentan en interiores, pero, lo que importa es la "publicidad" del desarrollo de la obra. María Asunción Requena parecería significar que la circunstancia mostrable no pertenece a la interioridad de sus personajes, sino a un compromiso evidenciado y en el cual todos —hombres y mujeres— tienen el deber de participar.

Del prólogo de esta obra.



**editorial
nacimiento**

~~VOLUMEN DOBLE~~